Reminiscencias de una mente cansada

Dark Void

Capítulo 1

00

«Me persigue desde los trece años, tengo veintisiete, y solo después de escribir sobre ella, es que he notado que su presencia disminuye poco a poco.»

*

Recuerdo que estaba cayendo. O eso sentía. Mi cuerpo no respondía a mis órdenes. Ojos cerrados. Dientes apretados. Estaba inmóvil. Desesperadamente intentaba levantar las manos y llevarlas a mis oídos en un intento de mitigar el tormentoso chirrido que me rodeaba, un ruido que parecía ser producto de la fricción entre algún objeto metálico y una superficie sobre la cual este estuviese siendo arrastrado incesantemente, pero era inútil.

Solo me quedaba esperar. ¿Una muerte rápida? ¿Un sufrimiento lento? No tenía idea.

No sabría decir con exactitud cuánto tiempo había pasado. Pero de repente el espantoso ruido se detuvo. La vertiginosa velocidad con la que estaba cayendo también se redujo de golpe. Poco después mis pies tocaron una superficie. Lo que fuera que estaba restringiéndome también se había ido.

Abrí lentamente los ojos. Pestañeé un par de veces para ajustar mi visión y comprender lo que estaba pasando. Pero lo que apareció ante mí no me dio respuesta alguna. Al contrario, me produjo más confusión.

La poca iluminación de un sol que estaba ocultándose lentamente tras unos edificios en la distancia me permitieron tener una imagen de mi entorno inmediato: un terreno. Bastante amplio. Un par de faroles que estaban en el proceso de encenderse ya que se acercaba la noche.

Lo primero que pensé fue «¿Dónde estoy?», pero al mismo tiempo no pude evitar preguntarme por qué ese lugar, aunque extraño, también me era familiar. Sin embargo, luego de varios intentos fallidos de identificar algo que pudiese servirme de ayuda para determinar el sitio en el que me encontraba, concluí que efectivamente estaba en un sitio completamente desconocido. Una vez más, mi lado negativo volvía a obtener una espléndida victoria en el torneo de «¿Quién tiene la razón?».

Como no había señales de alguna otra forma de vida cercana a la que pudiese pedirle información, decidí realizar una rápida exploración por las cercanías. Estaba oscureciendo y necesitaba resolver este «misterio» y

encontrar un sitio donde pasar la noche.

Di la vuelta, aprovecharía primero la escasa luz natural para identificar lo que pronto quedará a merced de la noche. Caminé, pero me detuve inmediatamente en lo que consideraba mitad de mi trayecto cuando unos enormes objetos rectangulares y multicolores comenzaron a aparecer aleatoriamente a mi alrededor. Miré detalladamente, entornando los ojos. «¿Un muelle?», me pregunté. Aunque no había presencia de barcos, mar y mucho menos sal en el aire, sabía que este tipo de recipientes era común para trasladar cualquier clase de elementos por vía marítima.

Maldije. Mi mano inmediatamente comenzó a masajear mis sienes. Esto solo iba de mal en peor. Si efectivamente esto era un muelle, o en su defecto, las cercanías, me tomaría bastante tiempo poder llegar a un lugar poblado donde pudiese conseguir indicaciones. Y no, no me molestaría que me tocase hacerlo si fuese a plena luz del día, pero ya casi caía la noche, y quién sabe qué clase de peligro pueda encontrarme en el trayecto.

Suspiré, desistí de las quejas. No iba a ganar nada si solo expresaba mi descontento ante la situación en la que había caído.

Como ya no tenía más nada que hacer en esta zona, giré nuevamente. Todo lo percibía más oscuro que antes, pero no parecía ser producto de la noche. Lo único que podía concluir era que parecía como si alguien hubiese utilizado una densa capa oscura, tan oscura que le haría competencia a la mismísima noche, para cubrir la tierra. Más allá de eso, todo parecía estar avanzando en su curso normal. El sol aún mostraba sus últimos rayos a pesar de que ya había desaparecido por completo tras los edificios lejanos. El cielo dejaba ver esa tonalidad naranja que muchas personas adoraban contemplar, ya fuese solos o en compañía de alguien muy cercano.

Regresé al sitio donde había estado anteriormente. Miré los tres lados que me faltaban explorar. A la izquierda no había nada, solo un cercado que bloqueaba el paso. Más allá de ellos, los edificios. Frente a mí un terreno rocoso que la oscuridad iba cubriendo poco a poco. Finalmente, quedaba mi derecha. Allí había una carretera. El asfalto en perfecto estado, como si por allí jamás hubiese pasado ningún vehículo.

Sabía que debía irme por allí. Pero por alguna extraña razón, un escalofrío recorrió mi cuerpo, impidiéndome moverme en esa dirección. «No todo es lo que parece, me susurraba, elige el camino al frente. Es el más seguro». Y eso hice.

Todo se volvió tedioso, extenso y agotador. Por más que avanzara, el escenario no cambiaba. Las rocas parecían tener las mismas formas, estar colocadas en el mismo sitio de las que acababa de dejar atrás, incluso el

tendido eléctrico que se repetía cada cientos de metros tenía el mismo contenido en sus bases. Como un bucle.

Por un momento pensé que era por la falta de iluminación que no distinguía bien las cosas. Alcé la mirada, esperando ver el cielo despejado y la luna llena para que pudiera serme de guía, pero fue en vano. Lo único que había allí arriba era una extensa tela negriazul en la que brillaban de forma muy opaca las estrellas.

Eran hermosas. A pesar de que entre nosotros seguía esa especie de cortina oscura, el firmamento seguía viéndose tan maravilloso como solía ser siempre. No se dejaba intimidar.

Sacudí la cabeza. Esta no era momento de estarme distrayendo con esas cosas. Estaba en un sitio desconocido. Para empeorar las cosas, solo a la mitad de la noche. Sin ninguna noción del tiempo. Todo eso junto daba como resultado un riesgo completamente inimaginable.

Pensé en regresar. No debería haber pérdida. Había estado caminando sin cesar en línea recta. Si me perdía, era porque realmente era un completo idiota. Sin embargo, cuando quise girar, hubo una enorme presión en todo mi cuerpo. Era como si alguien me hubiese agarrado; inmovilizándome.

Cerré los ojos. Como reacción en cadena, los demás sentidos dejaron de responder. No veía, olía, oía, sentía. Nada. Absolutamente nada. Esperé, tratando de mantener la calma.

Cuando la presión cesó, y recuperé la movilidad, abrí nuevamente los ojos. Recorrí rápidamente mi entorno con la mirada. Todo sería igual. Bueno, casi igual. La única diferencia notable era que la capa oscura que había estado presente desde que aparecí en este lugar era mucho más densa que antes. Mi campo visual también estaba limitado. Ahora todo parecía como me encontrase dentro de un enorme cubo de cristal con los vidrios tintados.

La incomodidad se hizo presente. Sentía como si me observaran. La idea de que hubiese algo oculto, acechándome, me causaba temor. No tenía manera de defenderme. Ni siquiera tenía la fuerza para hacerlo. Lo único que me quedaba era seguir caminando e ignorar lo demás. Y así hice. Aceleré el paso, al mismo tiempo analizaba con detenimiento todo a mi alrededor; atento a cualquier cambio, por más mínimo que fuera.

Sin parar, comencé prestarle atención a algo que estaba molestándome desde hace rato. No, lo correcto sería decir que estaba causándome dudas. A pesar de todo el recorrido que había realizado —del cual creía había alcanzado una hora o más— noté que en mí no se hacía presente ninguna señal de agotamiento. No sentía dolor en los pies, debido a lo irregular del terreno y las piedras con las que tropezaba. No tenía sed. Ni

siquiera sudaba. Aunque esto último debía ser quizá porque era de noche. Aun así era extraño. Por mi condición física ya era para que estuviese fatigado.

Habría hallado una respuesta a todo eso de no haber sido por una sombra que apareció ante mí. Era enorme. Demasiado, diría yo. Diez o quince metros de alto deduciría cualquiera con un simple vistazo. Al acercarme, pude determinar lo que realmente era. Al principio lo confundí con una silla. Pero los pequeños tallados, los reposabrazos y el altísimo respaldar me corrigieron de mi error. Era un trono. Quienquiera que fuere el constructor de tal elemento, claramente tenía un gusto refinado. No había escatimado en los recursos. Pero ¿qué estaba haciendo un trono de semejante tamaño en medio de la nada, y a quién pertenecía?

No era una ilusión. Lo comprobé al frotarme los ojos y ver que seguía allí.

—¿No es asombroso? —se oyó una voz de repente. Sin permitirme reaccionar, continuó—. La manera en la que trabaja la mente del ser humano es maravillosa. Reúne toda la información obtenida por los cinco sentidos para transportarte a una «realidad» durante las horas de sueño.

No sabía lo que estaba ocurriendo. Mi confusión era tal que lo primero que llegó a mí fue un incesante deseo de gritar. Sin embargo, no podía hacer nada. Una vez más, mi cuerpo había dejado de obedecerme, lo único que respondía a mi voluntad era mi vista. Rápidamente miré mi limitado entorno. Habría dicho que todo seguía exactamente igual, de no ser por una línea horizontal muy tenue que ahora era visible entre el trono y yo.

—Aun así, tiene un error fatal. ¿Sabes cuál es? El control. No todos pueden manipular a voluntad lo que se desarrolla en su mente cuando están dormidos. Sí, hay pocos prodigios entre los tuyos que logran cruzar el umbral y se mueven libremente por su mente… Sin embargo, el resto no es capaz de durar mucho tiempo al notar que se encuentran en un sueño.

«Así que esto es un sueño.»

Con ese pensamiento, mi ansiedad se calmó un instante. Sin embargo, rápidamente noté como si algo tocara mi hombro derecho y se apoyara en él. La voz sonó en mi oído, era tan baja que parecía un susurro.

—Tú, por ejemplo, acabas de pensar que estás soñando, y aun así ni siquiera puedes mover un músculo, mucho menos «despertar». ¿Sabes por qué? Simple. No estás en un sueño.

Una mezcla de emociones se abalanzó sobre mí. Miedo, impotencia, desesperación. Y lo que mayor espacio ocupaba en mí: asombro, duda, perplejidad. Todo esto, junto a lo que esa voz estaba diciéndome no

ayudaban para nada en mi intento de calmarme. De reojo vi como la línea horizontal que había desaparecido sin yo notarlo, se movía desde mi lado, regresando a su ubicación original.

—¿Te digo algo? Tu raza es intrigante. Tienen tanto potencial oculto y lo desperdician. Durante milenios he estado observando tu sistema solar; y con mayor detenimiento, tu planeta. Esperando el momento en que finalmente apareciese alguien que lograse cruzar los límites establecidos por quien sea que los haya creado y así poder comunicarme con ustedes… Lastimosamente, el único ser vivo con esa capacidad que anduvo en este sistema era alguien al que no podía acceder. Aunque lo correcto sería decir que se rehusaba, por alguna razón, a establecer comunicación conmigo. Lo estudié meticulosamente, y ansiaba hablar con él en algún punto de su vida. Sin embargo, murió muy joven. Y aunque parecía saber que eso ocurriría, no hizo nada. Fue traicionado, vendido, negado, castigado, juzgado, y luego asesinado.

»Después de eso, no quise intervenir y forzar la comunicación con cualquiera de los tuyos, pero no me quedó más opción. Al ver que los años pasaban, y no había resultados, expandí mi presencia en todo el planeta. Era como una selección de candidatos. Aunque no era un método que yo aprobase, no imaginas lo interesante que fue ver cómo las personas más débiles terminaron con distintos problemas, llevando a varios incluso a quitarse la vida…

Su voz se oía como si lo que decía fuese algo tan placentero. Parecía un psicópata. Alguien que disfrutaba ver cómo a una persona le ocurrían desgracias. Miré con horror la línea horizontal, que ahora estaba ligeramente torcida. En un pequeño espacio, un fragmento blanco se dejó ver. Pero fue muy breve. No alcancé a identificar lo que era. La curva volvió a ser recta, y esa voz tétrica siguió con su monólogo.

—Luego que la selección se redujo a un candidato por continente. Evalué con mayor detenimiento a esas personas. Todos eran perfectos. No sabía a quién elegir. Mucho menos deseaba descartarlos, así que decidí manipularlos y llevarlos conscientemente a sus dimensiones mentales… Al igual que tú lo estás en este instante.

»Sé que te preguntas cuál es el objetivo de todo esto. Pero aunque no lo creas, no tengo ninguno. Lo dije antes, he querido establecer comunicación con alguien capaz de controlar a voluntad lo que llaman «inconsciente», no para transmitir algo tan banal como un mensaje, o encomendarle una misión para salvar el mundo, la galaxia, el universo; nada de esas tonterías que lees o ves de cómo plasman lo que ellos creen realmente que es el exterior. Solo quiero divertirme.

Guardó silencio un momento. Hasta la brisa que soplaba se había ido. Solo era audible mi respiración ligeramente agitada. Al cabo de un largo rato,

la voz regresó acompañada de una risa de deleite.

—Sí. Diversión. No entraré en detalles. Arruinaría la emoción de todo. Solo puedo decirte que las cosas que te haré pasar serán eliminadas de tu memoria para no interrumpir el progreso. Claro, no soy alguien injusto. Recordarás todo lo que hayas visto una vez dejes de serme útil. Si sobrevives claro…

Volvió a callar. ¿Le divertía verme entrar en pánico? ¿Encontraba gusto en cómo mi expresión se distorsionaba en un horror digno de dejarlo grabado en la historia en forma de un trabajo artístico?

—Bueno, pequeño. Es momento de comenzar.

Al decir eso, el entorno se volvió pesado. Mi cuerpo cuyo movimiento seguía limitado se encontró ante una especie de presión. Pero eso pasó a un segundo plano ya que la imagen ante mí hizo que mi piel se erizara de inmediato; un frío me envolvió a pesar de la ausencia de viento.

La línea horizontal que no había mostrado más cambios desde hacía largo rato comenzó a moverse una vez más. Estaba dividiéndose. Al mismo tiempo, un color blanco plateado se iba haciendo visible. Se detuvo en el instante en que adoptó la forma de un ovalo estirado.

Mi mente se nubló por la sorpresa.

Risas..

De la figura plateada que había aparecido, unas líneas negras irregulares comenzaron a expandirse velozmente. Parecía una red. Cuando se detuvieron, ese «óvalo» tembló. Comenzó a separarse, dejando entrever un reflejo negro y rojo tras de sí.

Las líneas negras y el óvalo plateado se fusionaron; se originó algo con volumen. Algo no desconocido para mí. Algo que infundió más terror en mí. Parecía una mandíbula. Esos «colmillos», además de enormes, se veían tan filosos como una espada.

Detrás de esas fauces, se hallaban dos pequeños óvalos situados en vertical. Poseían un brillo carmesí que nada conocido en el mundo pudiese igualarle. Supe al instante lo que eran. Ojos. No humanos. La forma de su iris era más bien parecida al de los de una serpiente.

Me miró. Al hacerlo, la presión en mí se hizo más notable. Volví a sentir como si estuviesen agarrándome, pero no para inmovilizarme. Ahora estaban tirando de mí hacia adelante. Hacia esa forma que había

aparecido de la nada. Hacia esa boca.

Carcajadas. Las más horrendas que pude haber escuchado en mi vida. Un ruido metálico ahora se podía percibir en ella. Como unos engranajes moviéndose después de estar sin actividad un extenso periodo.

La risa cesó. El brillo carmesí desapareció. Ya no veía nada. Solo oscuridad. Me sentía flotando en el inmenso vacío. Cerré mis ojos.

Capítulo 2

01

«A veces, solo a veces, los sueños te trasladan a un espacio donde el infinito te cause temor. Donde caer signifique desaparecer en la eterna oscuridad. Donde no tengas ningún lugar al cual recurrir. A veces, solo a veces, ese lugar es el…»

*

Mar abierto. Cuando abrí los ojos descubrí que me encontraba navegando una canoa bajo la luz de una luna llena que permanecía suspendida en un cielo despejado y si ninguna estrella visible.

Hacía dónde iba, qué buscaba, o a quién, eran cosas que, como en cualquier sueño o pesadilla, desconocía totalmente, pero al alcanzar mi destino sabría con exactitud de qué se trataba.

Navegué sin detenerme. En teoría era así, ya que yo no controlaba «mi cuerpo». Solo podía mover la mirada. Era uno de esos sueños donde mi única finalidad era contemplar lo que estuviese desarrollándose alrededor de un sujeto que claramente era yo, pero al mismo tiempo no lo era.

Pasé por un canal. Era estrecho. Pero gracias a la iluminación natural de la madre noche, podía guiarme sin riesgo de colisionar con las enormes paredes rocosas que se extendían varios metros a lo largo y alto. Hasta allí todo parecía normal.

Cuando salí del estrecho, lo que me dio la bienvenida fue una especie de batalla naval. Barcos de distintos tamaños, con velas agitándose contra el viento —algunas intactas, otras hechas jirones, y algunas cayendo impotentemente y en llamas al mar— se encontraban esparcidos por todo el lugar. Con un simple vistazo deduje que originalmente hubo más de lo que se apreciaba. Los restos de madera, que quizá eran componentes de algún navío, o de objetos almacenados en él, flotaban sin rumbo fijo.

Observé con detalle al tiempo que estaba tratando de controlar mi miedo y desesperación. No había manera de salir ileso de esto si continuaba navegando. Y quedarme sin hacer nada también era peligroso.

Me percaté de que a mi derecha, a través del humo, había siluetas. Unas más grandes que otras. Algunas de ellas, incluso, se movían con rapidez.

Cambié de dirección. Navegué hacia ese lugar. Cuando ya estaba cerca, descubrí que era una orilla. Pequeñas chozas ubicadas detrás de unas trincheras y estacas muy filadas despedían y recibían a unas personas que

se movían nerviosamente; intercambiaban cosas que no me tomé la molestia en detallar. Al fin y al cabo, solo quería alejarme de ese lugar rápidamente.

Nadie notó mi presencia. No sabía si era porque era un sueño y era invisible para esas personas, o simplemente porque ellos estaban tan ocupados en su situación que yo no era motivo de importancia.

Arrastré mi canoa por toda la orilla, hasta que logré «rodear» ese conflicto. Subí y seguí navegando hasta que llegué a lo que en efecto parecía mi destino.

El exterior era como la entrada de una cueva. Sin embargo, al cruzar el arco rocoso, descubrí que no era una cueva. El cielo era su tejado, y la luna llena que en ese momento salía de detrás de unas nubes era su fuente de iluminación.

Algunas plantas extrañas crecían en la poca arena que el agua dejaba que se acumulara en las orillas de ese lugar. Tenían un tono verde más brillante de lo que cualquier planta conocida podría tener. Eran muy hermosas.

Me detuve. No había pared, ni nada que indicara el final de mi camino. Solo una especie de columna de roca gris profundo. Parecían ser los restos de algún monumento pues sus bordes eran irregulares, desgastados, incluso al pie del mismo estaban pedazos de roca del mismo material.

El obelisco tenía unos símbolos extraños. Algunas de sus formas adoptaban un patrón también desconocido para mí. Pero no para la persona en la que yo estaba «poseyendo». Puse mi mano en la pared y la columna comenzó a temblar. De repente sentí miedo. Pronuncié unas palabras. ¿Una oración? ¿Algún hechizo, o algo así? No sabía. Pero fuera lo que fuese, no surtió efecto.

Cuando todo se calmó. Bajé la mirada, Alrededor de la estructura había un círculo y una estrella dibujados en la arena. Sentí como «yo» sonreía, daba la vuelta y salía de la caverna. Aliviado.

Capítulo 3

02

«No confíes en el ser humano. Sus verdaderas intenciones jamás son reveladas.»

*

Un engaño.

A base de mentiras acabaron con los sueños de muchos jóvenes. Y fui testigo de todo eso.

Un grupo de estudiantes fue elegido para probar un nuevo simulador de entorno.

Todo sonido estaba bloqueado. He de confesar que a pesar de no ser la primera vez que paso por esto, todavía me asombra la manera en la que trabajan los sueños. Bloquea algunos sentidos y lo hace ver como si fuera algo natural. Ni te das cuenta de que comprendes cosas de una manera tan misteriosa. Como si ya conocieras todo lo que pasará y solo estuvieses repitiéndolo, solo que sin volumen.

A pesar de eso, sabía que les habían explicado a esos chicos que el examen estaba compuesto por una prueba. Y con los resultados que obtuvieran sabrían si funcionaba o no eso que habían planificado pero no mencionaban.

Los chicos entraron en una habitación sellada completamente. ¿Qué había en el interior? Eso era algo que esta pesadilla no me permitió conocer. Pero como si yo formara parte del equipo de pruebas, fui trasladado inmediatamente al lugar donde se desarrollaría ese evento.

Una zona rocosa. Los cañones de color rojizo se elevaban irregularmente por todos lados. No había fin. Parecía esas imágenes que utilizan en forma panorámica para mostrar el Gran Cañón o lugares similares.

Sobre una plataforma natural bastante amplia, los chicos fueron divididos en dos grupos. Todos miraban con asombro cómo de la misma superficie ascendían círculos de roca. Se mantenían suspendidas en el aire a pesar de no tener nada que las sujetara.

Las rocas se movieron en distintas direcciones. Al mismo tiempo, unas líneas plateadas se iban emergiendo velozmente de ellas. Cuando se materializaron, esas líneas se impulsaron con gran potencia hacia los grupos. Algunos de ellos corrieron con desesperación. Se dispersaron,

queriendo evadir lo que sería la muerte. Otros, muy valientes, solo mostraron una sonrisa leve y contemplaron como las lanzas se acercaban a ellos. Tenían confianza en sí mismos de que no les pasaría nada, pero se equivocaron.

Las lanzas atravesaron sin piedad a varios estudiantes de ambos grupos. En distintas partes del cuerpo. La sangre brotaba. Extremidades salían volando. Incluso algunos de ellos eran arrastrados por la potencia de las lanzas y después de cierta altura eran dejados caer sin fuerzas. Impactando en el suelo como una masa de carne y sangre.

El pánico se apoderó de todos. Muchos estudiantes lograron evadir a sus «enemigas», pero no podían descuidarse. Las lanzas no se detendrían hasta no clavarse en algo que las frenara. Y si eso pasaba, se autodestruían. Destrozando un pequeño radio a su alrededor.

No hay escapatoria para ellos, pensé mientras veía con impotencia cómo chicos inocentes morían o eran heridos sin razón. ¿Qué estaba pasando por la mente de esos degenerados? ¿Cuál era el objetivo que los impulsaba a realizar algo tan atroz?

De repente, vi como varios estudiantes, sin dejar de correr o esconderse, señalaban hacia una dirección. Dirigí la mirada hacia ese lugar. Dos autobuses. Uno plateado y otro negro. Estaban estacionados detrás de unas enormes paredes de roca. Una fina capa de polvo rojizo estaba cubriéndolos. Quizá era resultado de las explosiones que se habían producido por las lanzas asesinas.

Una pequeña sensación de alivio me cubrió. Lo mismo debieron sentir los chicos, los pocos que quedaban.

Todos comenzaron a correr. No bajaron la guardia, ni perdían de vista a sus perseguidores. Uno a uno, todos entraron a sus respectivos autobuses. Incluido yo. Aunque mi movimiento era involuntario. En un parpadeo ya me encontraba en otro lugar.

En el exterior, los impactos de las lanzas azotaban los vehículos. Parecían buscar con desespero penetrarlos y seguir su masacre. Lastimosamente, para ellas, el material del que estaban elaborados los autobuses parecía ser asombrosamente resistente. A lo mucho, hacían que se balancearan de un lado a otro. Sin caer.

Cuando el último participante entró, las puertas se cerraron automáticamente. Se oyó una especie de sistema de seguridad en ejecución.

Desde las ventanas que se cerraban lentamente, los sobrevivientes podían ver cómo el paisaje originalmente desolado ahora estaba acompañado por

los cuerpos, extremidades, sangre, órganos y vísceras de sus compañeros regados por todo el lugar.

Así culminó la prueba.

Capítulo 4

03

«Las noches tienen una belleza indescriptible o un tono espeluznante. Todo depende de qué tipo de sueño tengas.»

*

No negaré que me impresiona todo lo que puedo soñar. Pero lo que mayor emoción me causa es mi capacidad para recordar lo que he soñado.

Caminaba a paso veloz entre los árboles que conformaban un bosque ubicado en algún lugar del mundo. Todo estaba completamente oscuro. Ni siquiera tenía ayuda de la iluminación natural de la noche. El firmamento estaba completamente desprovisto de luna y estrellas.

A pesar de eso, no andaba a ciegas. Sentía como si mi vista se hubiese adaptado al entorno, pudiendo identificar los obstáculos. El paso entre las ramas, troncos o rocas que se interponían en mi camino eran cruzados sin dificultad.

Hacía frío. No me afectaba, pero mientras avanzaba me frotaba las manos. Unas manos ásperas que dejaban en evidencia que no se trataba de mi cuerpo real, sino de alguien más. Un hombre que había ejercido esfuerzos en su día a día, durante toda su vida.

Pero esas cosas no las procesé en el momento. No podía por mi condición, y porque justo en ese momento, frente al hombre —a mí— apareció una figura que estaba cubierta completamente por una capa negra con capucha.

Estaba suspendida a unos diez centímetros del suelo. Se movía delicadamente, haciendo unos gestos con sus manos para apartar cualquier obstáculo que hubiese entre nosotros dos.

La figura se detuvo. Fue entonces que descubrí que se trataba de una mujer. No porque pude ser capaz de ver su rostro, sino que me habló.

Su voz sonaba serena, dulce, cautivadora. Sin embargo, el peso de sus palabras era notable. Me decía que retrocediera. Que no intentara seguir mi camino por allí. De lo contrario devoraría mi alma con castigo.

Tuve miedo. Pero eso no causó ningún efecto en mí. Ni siquiera retrocedí. Pude sentir como mi boca se torcía por sí sola en forma de sonrisa. Extendí la mano e intenté apartar a la mujer. Algo en mí me impulsaba a cruzar. A llegar al otro lado. Lo que fuera que estuviese allí me estaba

llamando.

Una corriente eléctrica entró por mi brazo que tocaba a la mujer y se expandió por todo mi cuerpo. Lancé un golpe hacia el aire. El mismo regresó a mí con una fuerza diez veces mayor. Me arrojó hacia atrás. Choqué contra un árbol.

Me levanté. Ajusté mi respiración. Recuperé el aire perdido por el golpe y me preparé para contratacar. Pero una nubecilla de humo me detuvo.

Bajé la mirada. El bordecillo inferior de mi capa estaba desmoronándose. Lo sacudí un par de veces hasta que dejó de desprenderse. Miré a la mujer. No podía ver su rostro, pero su aura enviaba señales de estar completamente tranquila. Pero también lista para defenderse.

Cerré los ojos y me concentré. Desde debajo de mi capa, algo se fue materializando. Se desprendía velozmente de mí. Al principio era informe. Luego, poco a poco fue moldeándose. Finalmente, algo de mi misma altura, pero completamente oscuro estaba a mi lado.

Conversamos. Pero no moví los labios. Era como una especie de comunicación telepática. Sin embargo, en el momento no supe de qué trató su charla. Lo deduje fue por las acciones que ocurrieron a continuación.

Asentimos. La «sombra» y yo caminamos hacia la mujer. Uno detrás del otro.

La mujer inclinó la cabeza al ver que yo no mostraba indicios de querer retirarme. Que buscaba obstinadamente cruzar por allí a pesar de sus advertencias. Mostró sus dos manos con las palmas apuntando hacia arriba, una especie de energía negriazul comenzó a formarse despacio en ellas. Adoptando una especie de rombo.

Al completar su acción, la mujer sopló. El rombo comenzó a desplazarse, alejándose de su origen. A su alrededor todo estaba distorsionándose. Absorbía hasta la propia energía natural a su paso. Desafortunadamente, su objetivo no fue cumplido.

La sombra negra que iba delante de mí detuvo el rombo mágico. Luego, lo empujó en dirección a la mujer. La fuerza que contenía ese pequeño artefacto era increíble. Por cada paso que daba la sombra, esta retrocedía tres. Aun así, logró regresarlo hasta el punto de origen; frente a su creadora.

La mujer parecía sorprendida. Extendió sus manos y comenzó a aplicar

más energía a su hechizo. Tenía que evitar a toda costa que yo cruzara.

La sombra que me acompañaba me hizo señas con la cabeza. Sin alejarme demasiado para no romper nuestro vínculo —uno que al parecer estaba ligado a mi capa— fui rodeándolos a ambos. La sombre iba moviéndose en la misma dirección que yo para evitar que la hechicera atacara, y para no desvincularse de mí.

Al confirmar que crucé sin problemas, la sombra se deformó. Creó una especie de escudo, liberó la fuerza que aplicaba para retener el hechizo, y lo dejó estallar sobre sí.

Luego del estruendo, las pequeñas partículas que quedaban de esa sombra se fueron moviendo lentamente hacia mí.

Por su parte, la hechicera parecía enfurecida por lo ocurrido. Pero, por alguna razón desconocida, no se acercaba hacia mí para atacarme.

Con eso comprendí que el peligro había pasado. Era hora de continuar.

Capítulo 5

04

«Detesto esos sueños que se sienten que solo duran un instante. Una pequeña porción de un suceso cuyo origen y desenlace no existen, pero que generan en mí una intriga tan grande que hacen que me odie a mi mismo… y al reloj despertador por interrumpirme».

*

Me detuve en seco. Frente a mí, mi compañero estaba siendo apuntado por nada más y nada menos que una docena de soldados armados hasta los dientes.

En los rápidos intercambios visuales entre el enemigo y mi compañero, pude ver que no eran la clase de fuerza militar que se puede conseguir en cualquier país. Estos estaban cubiertos por un uniforme azul bastante ajustado. Parecía estar elaborado por un material flexible, pero algo en mí me decía que no lo era.

No reparé en más nada. No era momento. Tenía que actuar rápido. Cualquier acción que se realizara a partir de este momento sería crucial para nosotros, y la misión de transmitir el mensaje.

Apreté los dientes. La rabia ascendía lentamente por mi cuerpo. A pesar de no querer hacerlo, tenía que recurrir a esa «función especial» que mis botas tenían. Aceleración.

La razón de mi renuencia hacia ello era por el efecto secundario inmediato y fugaz que me causaba. Una inestabilidad que me hacía querer vomitar hasta el último órgano de mi cuerpo.

Moví velozmente mi cuerpo y pisé el suelo con fuerza.

En la fracción de segundo que transcurrió, tomé a mi compañero por el brazo, lo acerqué hacia mí y lo cubrí con mi cuerpo para evitar que impactara con algo al momento de detenernos.

Detrás de nosotros escuché los disparos. Unos tenían más intensidad que otros. No lo vi, pero los sabía por cómo sonaban.

Cuando finalicé la aceleración, lo primero que hice fue comprobar que mi compañero estuviera ileso. Sin embargo no pude completar mi acción. Quien estaba sentado frente a mí no era ese chico alto y blanco de ojos marrones que me había estado acompañando desde hacía días. Sustituyéndolo estaba uno de esos soldados de extraña armadura

ajustada. El frío del metal era transmitido a mis dedos, pero mi ira era tal que lo mitigaba al instante.

Me levanté con gran velocidad. Salí del edificio con un solo paso. A mi derecha un grupo de agujeros adornaba la pared blanca del edificio y los troncos de algunos de los árboles que estaban allí.

A mi izquierda, el grupo de soldados que antes nos estaban apuntando —y que habían disparado en el momento en que aceleré— ahora estaban formados en filas, uno frente al otro. Realizando un saludo militar. El infeliz que había sido sustituido por mi amigo ahora estaba caminando hacia sus compañeros para unirse a ellos.

Entre esos dos mini escenarios, había una cosa más. Una que efectivamente no había estado allí —y que apareció luego de nuestras acciones—, sangre. Un charco pequeño de color rojo oscuro unido a una línea del mismo color que pasaba entre los dos grupos militares.

Esa línea de sangre pasaba justo al frente de una tanqueta azul con plateado que estaba terminando de estacionarse, y abriendo lentamente su compuerta. Sin embargo, por mi posición no podía saber con claridad en qué punto se detenía. Pero sabía que era allí mismo.

Cuando la compuerta se abrió por completo, una persona comenzó a salir de ella. Era un hombre. Su cabello negro descansaba sobre sus hombros. Una túnica azul bastante ajustada decorada con unas franjas plateadas cubría su cuerpo. No era de tela ni cuero. Eso sí se podía decir con una mirada. Sería correcto decir que el material del que estaba elaborada el mismo de las armaduras de los soldados. En su mano derecha estaba una vara extraña.

Sin prestarme atención, el hombre comenzó a caminar hacia su izquierda. Lo seguí. Manteniendo mi distancia. Así pude saber dónde terminaba la línea de sangre y confirmar lo que ya venía presintiendo.

En el lugar al que se dirigía ese hombre que con ese extraño atuendo parecía una especie de hechicero estaba mi compañero. Pero ya no era él. Lo sabía porque su piel había perdido completamente su color. Ahora era algo que alternaba entre blanco pálido y gris.

Estaría de más decir que sus ojos estaban vacíos.

Tenía la ropa manchada de sangre. Distribuidos en varios lugares estaban unos agujeros; los disparos que había recibido. Esos que le habían arrebatado la vida. Pero lo más impactante era lo que se encontraba en su pecho. Un agujero del que estaba brotando una especie de humo grisáceo

sustituía su corazón.

Lentamente caminó hacia el hombre y se situó a su lado como una estatua. Dirigió su mirada hacia mí Tal fue la magnitud del asombro que recibí en ese «suceso» que desperté en el acto.

Capítulo 6

05

«El sueño podrá ser corto. Aun así, cuando estás en uno, sientes que transcurre muchísimo tiempo. Horas, días e incluso años.»

*

Salí de un desierto.

Entré a un bosque.

La distancia entre la salida del primero y la entrada del segundo no alcanzaba los cinco metros.

Externamente, el bosque se veía relativamente pequeño, teniendo en cuenta que se encontraba rodeado del extenso paisaje arenoso color oro del desierto. Sin embargo, al echar un vistazo al interior, todo cambiaba drásticamente. Era enorme, denso, tenue. Como otra dimensión.

Al cabo de un rato de caminata, comencé a tomarme el lugar con mayor seriedad. El entorno jugaba con la mente. Lo que al principio me pareció una vegetación variada, ahora lo veía todo idéntico; sin el más mínimo cambio. Aunque ahora que lo pienso, eso probablemente se debía a los cambios constantes a los que están sometidos los sueños.

Además de eso, y a pesar de que era una zona boscosa, densa, incluso con una espesa niebla viajando a través de ella, hacía un calor infernal. Pero todo eso perdió importancia en el instante en que una mujer apareció ante mí.

Era como una diosa. Sus rasgos faciales eran demasiado hermosos para ser terrenales. Un largo cabello plateado se movía lentamente a pesar de no haber viento. Su vestido era una combinación de piedras brillantes verdes, blancas y celestes.

Me habló. No pude comprenderla. Ella pareció haber entendido mi confusión e intentó comunicarse conmigo mediante señas. Quería que la siguiera.

En silencio, caminamos uno al lado del otro. Y aunque técnicamente era así, se sentía que ella se encontraba lejos de mí.

De repente, la diosa comenzó a mostrar señales de pánico; incluso

empezó a correr, señalándome algo al frente que aún no alcanzaba a ver.

Corrí. Intentaba alcanzarla. Quería ver eso que ella me estaba señalando con tanto desespero, pero con cada paso que dábamos, me convencía a mí mismo que efectivamente había algo al frente. Empezaba a creer que por más que lo intentara, jamás lo sabría. Sin embargo, ese pensamiento fue refutado al instante por lo que entró a mi campo visual de manera súbita.

Una puertecilla metálica sin ningún diseño decorativo de color plateado bastante opaco. Era muy parecida a las entradas que poseen algunos jardines. Pero a diferencia de esas de la realidad, esta ante mí no tenía ningún soporte a su lado. Estaba suspendida en el aire.

Pero lo que me dejó en un estado de estupefacción fue el hecho de que en la parte inferior de la puerta estaba saliendo humo. El «ala» izquierda de ese pórtico expulsaba una pequeña cortina de color blanco, mientras que el que manaba de la derecha era completamente negro.

Misterioso, maravilloso, tenebroso e inquietante. Eso era lo que pensaba de eso que estaba viendo.

La ninfa me tomó de la mano. Su rostro dejaba claro que estaba nerviosa, al borde del llanto. Incluso un par de lágrimas corrían por sus mejillas.

Nos acercamos. Ella caminó directamente hacia la entrada. Tomó la manilla del ala izquierda, el humo blanco debajo de ella se arremolinó en el momento en que esa parte de la entrada fue empujada para ser abierta.

Cuando el humo regresó a su estado latente, una segunda «diosa» apareció. Era idéntica a la que me había traído hasta acá. Las únicas diferencias eran que su atuendo era de color profundamente negro, y sus gestos faciales daban la sensación de ser mayor.

Ambas se miraron. Hablaron en su lengua. No podía entenderlas. Luego se abrazaron, y lloraron. Me preguntaba qué tragedia debía haber ocurrido para hacer que tales seres estuviesen tan lamentables.

Voltearon hacia mi dirección. Se miraron una vez más y asintieron. Ambas tomaron mi mano, me sonrieron con sus rostros llorosos y me guiaron hacia la puerta. Cada una sujetó un ala de la entrada. La diosa de blanco sujetó el ala con humo negro mientras que la diosa de negro tomó la que expulsaba el humo blanco.

La puerta fue abierta. El humo blanco y negro se arremolinó,

fusionándose. Creo un vórtice con líneas blancas, negras y grises.

Cuando se estabilizó, entramos.

Capítulo 7

06

«Estoy comenzando a creer seriamente que mi mente consume algún tipo de sustancia psicotrópica para generarme todas las increíbles "aventuras" de mis sueños.»

*

Destrucción.

Lo que antes fueron las paredes de alguna construcción maravillosa ahora solo eran ruinas. Escombros de diversos tamaños estaban esparcidos por todos lados. Y entre ellos, tratando de evadirlos para no tropezar y caer, iba yo corriendo desesperadamente.

Al principio no sabía de quién huía. Lo único en lo que pensaba era en alejarme rápidamente de ese lugar. El peligro me embargaba. El miedo era como una especie de armadura que se había aferrado a mí en algún punto de este evento sin que yo lo notara.

De pronto, unos gritos llegaron de detrás de mí. Volteé sin detenerme. Los vi. Cuatro hombres cubiertos de la cabeza hasta los pies con una especie de túnica negra. Dos de ellos señalaban en mi dirección. Los dos restantes agitaban sus manos. Una fluctuación de energía se generó al instante a su alrededor y dos esferas verde rojizo aparecieron en sus palmas. Las lanzaron.

Las esferas velozmente venían hacia mí.

Como si no me importara, volteé. Junté mis manos y murmuré algo. No recuerdo cómo sonaba esa pronunciación, pero estoy seguro de que en la realidad no existe ningún idioma que se acerque a ello. Aun así, yo parecía dominar esa lengua con facilidad.

Alcé las manos, apuntando hacia el cielo. Seguidamente, dos pequeños impactos amortiguados se produjeron detrás de mí. Los ignoré y volví a juntar mis manos, pronunciando algo en esa misma lengua pero con mayor velocidad que antes.

Me detuve de golpe, alzando una pequeña nube de polvo. Extendí nuevamente las manos hacia el cielo. Esta vez a un punto específico. Una esfera bastante diminuta en la distancia. Parecía una luna, pero se veía más pequeña de lo que normalmente se pueden apreciar. Aun así no reparé en ello y mantuve mis brazos extendidos. Volteé ligeramente la cabeza hacia mis perseguidores, como en un intento de calcular la

distancia entre ellos y yo. Apreté las manos.

A pesar de encontrarme un poco alterado, nervioso o temeroso quizá, sentí como una sonrisa se formaba lentamente en mis labios.

Miré de nuevo al cielo. Tiré con gran fuerza. Cualquiera diría que no ocurría nada, pero sabía que lo que había pronunciado segundos antes estaba surtiendo efecto. Una especie de presión y temblor estaba apareciendo gradualmente sobre mí.

Las personas misteriosas se detuvieron un instante, vieron hacia arriba. Luego intercambiaron miradas entre ellos y asintieron. Corrieron con todas sus fuerzas en mi dirección.

Sin embargo, era inútil. Ya no había forma de que me alcanzaran. La sonrisa en mi rostro se expandió más mientras los veía extender sus manos hacia mí para agarrarme.

Sin ceremonias, una enorme esfera rocosa de color gris cayó. Los cuatro misteriosos fueron arrastrados por ella. Muriendo al instante. De ellos solo quedó una mano que escapó del hechizo y alcanzó a tocar el campo de energía que me protegía.

El «meteorito» estalló en el instante en que bajé la mano. La nube de polvo cubrió todo y me cegó. Pero eso no me importó. Ya me encontraba a salvo.

Capítulo 8

07

«Toda mi vida he tenido sueños que quieren escapar a la realidad en el momento en que están desarrollándose. Al principio eran simples movimientos, diálogos o expresiones faciales. Ahora, sin embargo, los estímulos, mayormente de dolor, emergen; permanecen aún después de despertar. Temo lo que estos puedan lograr. Me inquietan las consecuencias que esto pueda acarrear.»

*

Esta vez viajé al espacio. El objetivo era probar unos trajes espaciales. Dos personas me acompañaban, mas sus rostros fueron cosas que nunca vi. Solo sabían que se trataban de un hombre de mediana edad y una joven.

No parecía ser la primera vez que realizábamos algo así. Lo supe por la manera en la que nos movíamos en la órbita.

La Tierra al fondo se veía completamente hermosa. Mi «yo» del sueño no estaba maravillado por la vista, pero mi versión de la realidad, la que estaba encarnando a ese astronauta, estaba estupefacto por tal vista.

Las cosas parecían desarrollarse con normalidad. Los trajes eran maniobrables, además de cómodos; algo que se podría considerar un gran avance. Pero nuestro trabajo era ver hasta dónde eran útiles, y que fallas podrían presentar en el vacío.

Me alejé un poco. Vamos a aprovechar esta salida, era lo que me decía a mí mismo. Me moví de un lado a otro. Daba vueltas. Me divertía. Ignoraba el problema que ocurriría pronto.

Perdí el control de mi mismo. El cable que me mantenía cerca de la nave desapareció de repente. Sentía que algo tiraba de mí hacia atrás. Quería resistirme a ello. Buscar la manera de regresar a la nave, pero sin un punto de apoyo, un movimiento en línea recta no era posible.

Quise moverme en lateral. Por alguna razón se sentía que eso lo tenía permitido. Funcionó. A medias.

El impulso que tomé me acercó a la nave, sí. Pero lo único que pude hacer fue rozarla con los dedos cuando intenté asirme de su superficie. Ahora lo único que me quedaba era ver como me alejaba de ella. La sensación de

que algo me arrastraba era cada vez más fuerte.

Mi mente entró en pánico. Creó imágenes de todo tipo donde la conclusión era la muerte.

De repente——

Oscuridad.

En una fracción de segundo, todo el espacio exterior había desaparecido, dejándome de pie sobre una misteriosa superficie. A mi alrededor había formaciones montañas y árboles de diversos tamaños esparcidos de manera aleatoria. El sol estaba a punto de ocultarse. Su luz naranja pintaba todo a mi alrededor.

Pensé que se parecía a la Tierra, pero esa idea se volvió añicos en el instante en que miré el cielo naranja violeta a mi derecha. Una esfera de dimensiones espantosas estaba suspendida allí. Era como si la Luna se hubiese acercado tanto a la Tierra que cualquiera pensaría que destruiría el lugar donde cayese.

Nuevamente, mi suposición estaba errada. No era la Luna. No había señales del color gris plateado que el satélite natural tenía. Al contrario, una combinación de verde, azul y blanco era lo que cubría esa esfera. Al instante lo supe, era la Tierra.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo. Yo había salido a la órbita. Estuve frente a la Tierra todo el tiempo. Además, aunque hubiese entrado a ella, ¿dónde quedaba el proceso de entrada? No se trataba de algo mágico donde con chaquear los dedos entrabas y salías de un planeta. Esto no era una película.

Eso fue lo que pensé al momento. No sabía que estaba en un sueño, después de todo.

Miles de preguntas llegaron a mi mente tras mi confirmación. ¿Qué era este lugar, dónde se encontraba exactamente, y si estaba tan cerca de la Tierra, por qué no lo habían detectado, acaso era invisible a toda la tecnología que habíamos desarrollado? Sin embargo, no tenía respuestas.

Hubo un momento en el que deseché todas esas maquinaciones, sacudí la cabeza e intenté saltar. Albergaba la esperanza de que aún estuviese en el espacio, sin gravedad, y que todo esto fuera generado por mi pánico. No fue así.

Salté, e inmediatamente caí. Pero la caída se sintió más pesada. Como si tuviese un bloque de metal considerablemente pesado amarrado a mis pies. Claro, no limitaba mis movimientos de andar. Pero no podía hacerlo

con tanta libertad o rapidez.

Existía gravedad. Pero era mayor a la de la Tierra. Eso representaba un problema. Al haber más gravedad, mi vida peligraba. No recordaba con exactitud, pero dependiendo de qué tan superior a la terrestre fuera, el simple hecho de respirar sería perjudicial para mi corazón y pulmones.

Con eso en mente, caminé. Tenía que hacer algo. Encontrar una manera de comunicarme y salir de allí. Y aunque desafortunadamente muriera, la información de un planeta oculto y misterioso muy cerca de la Tierra sería un gran aporte para nuestra ciencia.

El lugar estaba desierto. No había presencia de ninguna forma de vida.

Todo se mantuvo igual durante un largo rato. Tiempo en el que mis ánimos ya bajos aumentaron con rapidez. Había aparecido alguien. Una persona. Una mujer alta, morena y delgada con un vestido violeta pegado a su cuerpo. Su aspecto era demasiado humano. Me costaba creer lo que veía.

Le hice señas. Hablé. Hice preguntas. Rogaba que me entendiera. Me entendió.

Su expresión cambió un poco. Meditó. Luego me señaló hacia mi izquierda.

Le agradecí y caminé en la dirección señalada. Suspiré de alivio. Tendría salvación.

Desafortunadamente, lo que más temía estaba comenzando a hacerse presente.

Mi cuerpo comenzó a presentar los primeros síntomas de verse afectado por la gravedad. Mi corazón latía con lentitud. Un zumbido interminable azotaba mis oídos. Me ardían los ojos. Además de eso, sentía como si me estuviesen apretando lentamente y con fuerza desde la nariz hasta la mandíbula inferior. Un extraño sabor a sangre se acumulaba gradualmente allí, junto con mi saliva.

Me quité el casco. Escupí, pero no había nada. Solo la blanca saliva cayó al suelo.

Inhalé un poco antes de colocarme el caso. Quería comprobar si la atmósfera era respirable. Aparentemente lo era. El aire, aunque denso, parecía ser apto para los terrícolas. Quizá tenía efectos secundarios, pero comparado con lo que me estaba haciendo la gravedad, eso no era nada.

Seguí caminando. El casco en mi mano derecha. Un poco desorientado. Escupiendo a cada instante debido a la constante sensación de sangre en la boca. Durante varios minutos todo se mantuvo como la primera vez: normal.

No fue hasta al cabo de un largo rato, cuando el dolor en todo el cuerpo y la cara eran más agudos, que la sangre comenzó a aparecer. Eso se repetía. Aumentaba la cantidad que salía con la saliva. Ya casi no oía. Tal era el zumbido que mi equilibrio estaba fallando. Mi lenta respiración me había dejado sin aliento. Sin fuerzas.

Cuando estaba planeando dejarme caer y esperar morir, una pequeña estructura metálica apareció. Exprimí fuerzas desde donde ya no me quedaban. Me acerqué. Esperaba salvarme allí.

Parecía una estación espacial bastante antigua. Era muy similar a los modelos de finales del siglo XXI. La cabina de despresurización estaba dañada debido al tiempo.

Revisé lo que pude y que no requiriera que me agachara. Los dolores corporales ya no me dejaban libertad para moverme. Ya la presión en la mandíbula era tan intenso que sentía que si me inclinaba aunque fuera un poco se me desprendería. Ni siquiera podía retener la sangre. Hilillos rojos salían por las comisuras de mi boca, manchando mi traje y el suelo.

Logré encender la maquina central. Al parecer era lo único que estaba totalmente intacto. Comprobé el sistema de comunicación. Entre dolores escribí un mensaje, expliqué con palabras claves mi situación y lo que descubrí. Presioné el botón de enviar.

Caí al suelo. Comencé a pensar para distraer mi mente del dolor. De la muerte que ya estaba abrazándome.

Sí, yo no tenía esperanzas ya. El proceso de envío, recepción y descifrado de mensajes tomaría un poco de tiempo. Eso sin contar el hecho de que este mundo no es visible. No hay manera de saber llegar aquí. Pero al menos, mi contribución podría quedar en la historia.

Sangre. La expulsé involuntariamente de mi boca. Algo en mis oídos estalló. Mi mandíbula de repente emitió un ruido como si hubiese sido triturada con gran fuerza.

Segundos después, mi corazón se detuvo…

Capítulo 9

08

«Todo lo que se reproduzca a tu alrededor mientras estás durmiendo se puede trasladar a tu sueño de una manera, a veces, aterradora.»

*

Cerré la puerta de la casa. Coloqué sobre la mesa las bolsas de las compras que había hecho.

Me sentía extraño.

El aire estaba más denso de lo normal. Me sofocaba.

Caminé hacia el baño. Abrí el grifo y junté las manos para recibir el agua con la que me lavaría la cara. El agua cristalina caía, pero no se sentía que humedeciera nada; ni mis manos ni mi rostro.

Alcé la mirada. El espejo ante mí no reflejaba absolutamente nada. Era extraño.

Pensé si podría estar soñando. Era probable que me hubiese quedado dormido en el autobús. O quizá al llegar a la casa no me diera tiempo de hacer nada y cayese rendido en el sofá.

Me pellizqué el brazo. Todas las personas lo hacían cuando algo le parecía increíble que creían que era producto de la imaginación.

Sentí el pinchazo, y el dolor remanente al soltar la piel. No era un sueño. A pesar de eso, seguía sintieron que algo no encajaba en todo esto.

Un golpe fuerte en la puerta principal me sacó de mis pensamientos. Volteé la cara rápidamente en dirección a la fuente del sonido. Tomé un paño y me sequé el rostro antes de salir del baño.

Lo que vi en la puerta de mi casa me dejó más que sorprendido. Me generó un miedo indescriptible.

La puerta que recordaba claramente haber cerrado estaba abierta. En el umbral, estaba una pequeña línea de fuego que estaba elevándose incansablemente. Fija. No se propagaba hacia afuera ni mucho menos hacia el interior de la casa.

En la base de las llamas, algo estaba ascendiendo lentamente. Una forma rectangular de color oscuro iba tomando forma. Cuando se estabilizó, un

chirrido como el de las puertas metálicas oxidadas de un ascensor del siglo pasado siendo abiertas se escuchó. Un pie salió de ella.

Las llamas se agitaron intensamente. El propietario del pie salió por completo.

Un hombre bastante mayor. Aparentaba unos sesenta o setenta años de edad. Su cabello canoso estaba peinado hacia atrás. Vestía de manera formal. Pantalones, zapatos, camisa, paltó, corbata. Todo era de color negro. En la mano derecha portaba un maletín del mismo color el cual emitía un brillo inusual.

Evalué al anciano de pies a cabeza varias veces. Desafiante, le pregunté quién era. Sin embargo, no recibí respuesta inmediata.

El anciano de rostro marcado por las arrugas alzó la mirada y la fijó en mí. Sus escalofriantes ojos grises, carentes de vida me contemplaron por largo rato.

Luego de un breve silencio. El anciano abrió su boca. Sus palabras fueron suaves, pero resonaron por toda la casa. Entraron a mis oídos y no dejaron de repetirse una y otra vez.

«Bienvenido al infierno, pequeño santo.»

Capítulo 10

09

«He perdido la cuenta de las veces que sueño que me persiguen. Siento que hay un mensaje o significado oculto detrás de ello, pero aún no he encontrado la primera pista que me guíe a la respuesta.»

*

Corría desesperadamente. Detrás de mí se oía toda clase de gritos. Entre ellos, solo alcanzaba a distinguir «deténganlo» y «no dejen que escape». Los demás eran completamente inentendibles.

No planeaba detenerme para escuchar con claridad. Por alguna razón estaba escapando de esos desconocidos.

Todo lo que veía eran árboles. Las ramas y hojas caídas, tendidas en el suelo, crujían con cada paso que daba. En ocasiones mi pie tropezaba con algo, pero me las arreglaba para no caer y mucho menos reducir la velocidad de mi huida.

Al cabo de un rato, salí a un pequeño espacio abierto. Arriba la luna llena brillaba con fuerza, permitiéndome ver sin problemas lo que tenía ante mí.

Encerrada en un círculo natural formado por los árboles del bosque, se encontraba una cabaña de dos plantas.

Sin pensarlo, me acerqué a ella. Aunque no me serviría para ocultarme, de alguna manera podría ayudarme. Por ejemplo, confundir a los perseguidores y así poder ganar algo de tiempo para pensar en algo para deshacerme completamente de ellos.

Estaba vacía. De eso no cabía la menor duda. No porque no hubiese luces prendidas, sino que el estado exterior de la vivienda era prueba más que suficiente para ello. Las paredes de madera estaban cubiertas por parches de moho. Algunos tablones del techo y el suelo estaban notablemente deteriorados. Un paso o agarre en falso y podría ser perjudicial.

No planeaba cometer el error de usar la entrada principal a pesar de que estaba abierta. Y menos ahora que los perseguidores también habían salido de entre los árboles. Eran cuatro. Todos hombres y de contexturas robustas. Iban vestidos de la cintura para abajo. Su torso descubierto solo tenía unas extrañas cintas que cruzaban formando una X. Se veían

peligrosos. Un enfrentamiento con ellos no sería sabio.

Rodeé la casa. Esos hombres y yo nos movimos al mismo tiempo. Como había una pequeña distancia entre nosotros, fui el primero en alcanzar la parte trasera. Había otra puerta. También abierta. Sin dudarlo, entré.

El interior de la cabaña era muy extraño. Por el aspecto externo y las dimensiones que pude comprobar al rodearla, la casa era muy sencilla. Sin embargo, todo dentro de ella era como una dimensión alterna. Un pasillo extenso. No había puertas adicionales. Las paredes de madera se extendían sin ninguna alteración. Y no había segundo piso. El techo era muy bajo.

Me sentía como si acabara de entrar a un complejo subterráneo.

Corrí.

Al cabo de un rato de carrera, quizá unos metros, volteé. Los hombres aparecieron en la entrada que había dejado detrás de mí. Algo no encajaba en cómo fluía el tiempo dentro y fuera de este lugar, pero al estar favoreciéndome no le presté demasiada atención y solo me limité a seguir corriendo.

El pasillo terminó. Llegué a una salida. Cuando crucé. Estaba de nuevo frente a la cabaña de dos plantas que había visto al salir a este espacio. Me detuve un instante a pensar qué hacer. Pero de inmediato, como por instinto, decidí correr nuevamente hacia atrás con la esperanza de seguir ampliando la brecha entre mis perseguidores y yo.

Entré por segunda vez. Y la sorpresa me asaltó de inmediato. No estaba en el pasillo de antes. Ahora me encontraba en lo que sí debió existir originalmente. El diseño normal de una cabaña. El recibidor dividido por un arco de madera. Y cuatro puertas en las paredes. Dos antes del arco, y dos después de él.

No me detuve demasiado tiempo. Los gritos de los hombres se escuchaban cerca, y sin el corredor extenso como ayuda, pronto me atraparían si no actuaba con rapidez.

Desafortunadamente, correr no me era posible. Si lo hacía, moriría. Pero no porque me atraparan. El suelo había pasado por una extraña transformación. Seguía viéndose de madera. Incluso de aspecto bastante firme y bien cuidado. Solo que al pisarlos, se deformaban extrañamente. Muy parecido a estar caminando sobre goma. O intentar hacerlo en el interior de un castillo inflable.

Paso a paso, manteniendo una velocidad prudente, avancé. Llegué al umbral. El arco que dividía las secciones. Me detuve. Vi hacia atrás para

detallar un poco la naturaleza de ese extraño suelo, pero estaba nuevamente firme. Como si nada hubiese alterado su forma.

Gritos. Los hombres llegaron. Mi corazón que albergaba un pequeño suspiro de alivio volvió a acelerarse. A latir con tal potencia que sentía que en cualquier momento podría escaparse de mi pecho.

Los hombres me señalaron. Y se abalanzaron en mi dirección sin pensarlo. Para su mala suerte, el suelo se distorsionó y se abrió. Debajo de ellos solo había un agujero tenuemente iluminado. Cayeron uno sobre el otro. Los gritos de dolor y gruñidos resonaron por todo el lugar.

Miré. Ese hueco parecía una especie de sótano en construcción. Fuera lo que fuese, eso me había salvado. Agradecí a quien pudiese ser el creador de esa trampa.

Era momento de desaparecer. Di la vuelta. El suelo de la porción restante de la cabaña no sufrió cambios. Así que corrí de una vez. Impulsado como una bala llegué al exterior.

Salí. Ahora que ya nada me amenazaba, podía elegir sabiamente qué dirección tomar.

Capítulo 11

10

«Recuerdos de una bonita infancia. Amigos con los que crecí y conviví hasta casi el final de mi adolescencia. Y entre ello, también estaba el amor. Este es el relato de una relación dolorosamente hermosa…»

*

Gira en torno a Gabriel Rodríguez.

Era un chico que constantemente tenía problemas, en su mayoría con su familia, pero no era la clase de persona que lo demostraba para que la gente se compadeciera y le ayudara.

Siempre había sido así. Tanto que nosotros, sus amigos, a pesar de estar preocupados, solo nos limitábamos a entenderlo. A intentar que se distrajera. Y esperar si él tomaba la iniciativa de comentar la situación y dejarse aconsejar.

Sin embargo, había algo de lo que nunca llegó a quejarse: haberme elegido como su novio a pesar de que eso aumentó significativamente la cantidad de problemas que ya tenía acumulado.

Solo eso era suficiente para que yo lo admirara, lo respetara y lo valorara como a nadie más en el mundo.

No sabría explicar mi relación con él. Era extraña, he de admitir. Pero me gustaba. Había sinceridad. Tanta sinceridad, que no dudábamos de nosotros. No teníamos motivos para ello.

A pesar de eso y todas las demás cosas positivas que puedan imaginar al leer esto, no éramos una pareja perfecta. Eso no existe. Solo se aprende a convivir con las imperfecciones del otro. En lo bueno reside lo malo, y viceversa. Es allí donde reside el equilibrio. Así que no, en mi noviazgo con Gabriel existía una fuente de problemas. Una que nunca parecía agotarse: su familia.

No era que sus padres no estuviesen al tanto de lo nuestro. Al contrario, Gabriel había sido muy directo con sus padres desde el primer momento en que se sinceró consigo mismo y aceptó su orientación sexual y, de entre todos los «candidatos» que pudo haber tenido, me eligió a mí como su novio.

Los señores Rodríguez al principio mostraron indiferencia. Siempre habían sido de la clase de personas que daban la sensación de no tener

emociones nada más que para sí mismos. Sin embargo, a pesar de «aceptar» lo que su hijo les decía, presentaron una condición para cerrar el tema en «buenos términos».

«Como tenemos que guardar las apariencias, a los 21 años, nuestros hijos deben estar formalmente casados. Y ya que en este país no existe eso de matrimonios entre personas del mismo sexo, solo te queda cumplir nuestra condición a la antigua», fue lo que dijeron.

Cuando Gabriel me contó eso, la rabia me invadió. Sin embargo, al ver que él lo estaba tomando con aparente serenidad, me calmé. De todas maneras, todavía nos quedaba tiempo para la fecha límite de esa condición. Apenas teníamos diecisiete años. Muchas cosas podrían pasar, y aunque mínima, existía la esperanza de que los señores cambiaran de opinión.

Desgraciadamente, éramos muy jóvenes para saber que el tiempo fluye como la arena entre los dedos. Cuando menos lo esperábamos, dos de esos cuatro años ya habían pasado. En ese tiempo, Carla, nuestra amiga, y la única mujer de nuestro grupo de amistades, se fue tomando más enserio el caso. Se presentó como voluntaria para ese matrimonio que consideraba forzado.

Nos opusimos. Incluso nos sorprendió que Gabriel lo hiciera de una manera que nunca antes habíamos visto. Sus razones eran obvias. Si aceptaba que Carla fuera la chica con la que se casara, él se sentiría muy culpable por comprometer a alguien que tenía un gran futuro por delante con algo que era completamente ajeno a ella. Aun así, luego de escuchar sus razones, y guardar silencio durante un rato, ella simplemente le sonrió y le dijo que eso no causaría cambios.

Y tenía razón, en parte, ella siempre había sido una persona independiente. Había dejado su casa a los catorce años porque su madre no la apoyaba en lo que a ella más le gustaba: la fotografía. Después de pasar un tiempo viviendo en mi casa y en la de Gabo, consiguió un trabajo como fotógrafa a tiempo parcial y así reunió el dinero suficiente para pagar una habitación. Una mujer digna de admiración. Esa era Carla.

Pero lo que nos convenció fue lo último que dijo: «Somos amigos de infancia; para mí, esto no es nada del otro mundo».

Admito que a mí también me afectaba eso. No quería que Gabriel tuviera más carga mental en su montaña de problemas, y mucho menos que Carla pagara los platos rotos junto con nosotros.

Luego de zanjada esa conversación, las cosas fueron tomando su curso normal nuevamente. Hasta que, un par de semanas después, uno de los integrantes de nuestro grupo de amigos, Jorge, nos invitó a su casa para

comunicarnos la decisión de viajar fuera de la ciudad. Todos nos miramos mutuamente. La duda estaba reunida con nosotros. Plasmada en nuestros rostros.

Como si leyera nuestras mentes, explicó. Dijo que su nueva novia—la que nosotros decíamos que correspondía a la del mes que estaba en curso—le había hablado a uno de sus amigos para que entrevistaran a Jorge para un puesto como asistente en un departamento jurídico.

Eso nos alegraba, en parte. Pero como si nos hubiésemos puesto de acuerdo de antemano, le aconsejamos al unísono que lo pensara bien. Todo eso era muy misterioso. Apenas llevaba una semana y media con esa chica y de la nada había demostrado tener contactos y ayudado a nuestro amigo a conseguir un empleo. Y uno aparentemente bueno.

Sin embargo, a Jorge, como decía mi abuela, nuestro consejo le entró por un oído y le salió por el otro. Obstinadamente explicó una y otra vez que algo así no se presentaba dos veces. Y que no dudáramos de su novia. Pues esa era su vida. Era decisión suya con quien se enrollaba él. Que solo nos había comentado porque éramos sus amigos y quería compartir su alegría con nosotros.

No pudimos hacer más nada. Tenía razón.

Cinco días después del viaje encontraron el cuerpo de nuestro amigo en un túnel abandonado. Abierto como un saco viejo. Sin órganos en su interior.

Lo alejaron de la ciudad bajo engaño y se aprovecharon de él para traficar sus órganos.

*

La escena de esa tragedia también la presencié. Vi como Jorge llegaba al edificio que le indicaron. La gente no se molestó siquiera en atenderlo. Solo cuando preguntó, le señalaron el pasillo.

Allí, esperó un momento. Su novia llegó. Habló con él y luego entró a la oficina donde lo dejaría para que lo entrevistaran. Entró. Sin embargo, a los minutos fue sacado de allí, inconsciente.

Cuando despertó, estaba atado de pies y manos en una camilla. Una habitación fría con luces blancas por todos lados. Unas personas vestidas de blanco. Parecían doctores. Guantes, cubre bocas, batas. Sonidos de bandejas por doquier.

Su «novia» se le acercó. Le dijo unas palabras que no alcancé a identificar. Hizo una señal a los demás presentes. Todos, al mismo

tiempo, se colocaron unos auriculares y encendieron unos dispositivos. Subiendo la música al volumen máximo.

Luego de eso comenzaron a extraer a sangre fría los órganos de Jorge. Los gritos estaban presentes, pero nadie podía oírlo.

*

Cuando nos enteramos de eso, quedamos totalmente devastados. Jorge era quien más emoción le daba a nuestra vida. Su actitud un tanto infantil nos hacía reír a todos aún si era un mal día.

Pero las cosas no pararon allí. Parecía que lo de Jorge había sido el detonante de muchas cosas. Como si su muerte hubiese sido la apertura de la Caja de Pandora.

Meses después.

Gabriel decidió pasar unas semanas en mi casa. Planeábamos dedicarnos tiempo. Hablar de todo, liberar las cargas y compartirlas. Era lo que llamábamos «un momento para respirar» o «una válvula de escape». Además de que, por otro lado, de esa manera también fingíamos ser una pareja independiente. De cómo sería una vida juntos.

Una noche de esas, él y yo salimos a caminar por el parque, y aprovechar de comprar algunas cosas para la casa. La noche era extrañamente silenciosa. Apenas eran las nueve, y daba la sensación de que no lo fuera por la ausencia de personas o vehículos transitando.

De regreso a casa, entró una llamada. Eran los padres de Gabriel. Contestó. De inmediato su expresión cambió drásticamente. La sonrisa que tenía segundos antes se había convertido en un gesto de preocupación.

Escuchó atentamente. Respondía de manera vacía, casi automática, lo que fuera que su padre o madre le estuviese diciendo. Colgó.

Le pregunté qué pasaba. Me explicó. Era su hermano menor. José David. Los señores habían llamado para preguntar si él estaba con nosotros, ya que había salido desde muy temprano y no había llegado. Ni siquiera avisado.

Me preocupé también. José no era alguien que disfrutara estar mucho tiempo fuera de casa. Mucho menos de noche. Siempre regresaba temprano. Para él, su casa era su vida. Tenía todo lo que cualquier podría desear, en términos de posesiones materiales, por lo que veía innecesario salir. Lo hacía por cuestiones puntuales. Si por alguna razón se le hacía tarde o decidía a último momento quedarse a dormir en que algún amigo,

avisaba.

Hoy era diferente. Había salido y no había regresado.

Tratando de verse sereno, Gabriel me miró. Sus ojos color miel tenía pegada en ellos la palabra disculpa. Tenía que ir con sus padres, no porque se lo pidieran. Claramente sus padres comenzarían a buscar a su hermano y él no quería que estuvieran solos. Mucho menos de noche y en el estado en el que estaban. Su mamá era muy susceptible a los cambios emocionales. Debía estar allí para intentar calmarla.

Me ofrecí a acompañarlo. Pero él, amablemente, me pidió que me quedara en casa por si José David aparecía. Que le avisara a Carla y a los demás para que estuvieran pendiente si lo veían. Y se lo comunicáramos. Me besó, me abrazó. Luego se fue.

La situación se volvió crítica. Se inició la búsqueda policial. Gracias a los contactos de la familia Rodríguez, la investigación se abrió al instante. Al poco rato ya había respuestas. Pero no las deseadas.

Cerca de un parque, frente a un banquillo, el cadáver de un joven de unos quince años fue encontrado tendido en el suelo.

Su cuerpo estaba intacto. No presentaba ningún rastro de violencia física. Y en su organismo tampoco había presencia de alguna sustancia extraña. Los resultados arrojados por los exámenes realizados fue un paro cardíaco.

Una vez más, el dolor y la tristeza nos invadió a todos.

Gabriel se había vuelto más callado. No afectó nuestra relación. Pero sí me dolía verlo así. Más que nunca, me esforcé en proveerle lo que él necesitaba pero no pedía, amor, comprensión, cariño, atención, apoyo.

Ya nuestro grupo no existía. Ya solo quedábamos Carla, Gabriel y yo.

Entre dolor y tragedias, otro año pasó. Llegó el día más doloroso. Pensaba que por el asunto ocurrido, los padres de Gabriel cambiarían de opinión. Pero no. Ahora más que nunca estaban más decididos a desgraciarle la vida a su único vivo para beneficio propio.

Se casaron. La boda fue por todo lo alto. Eso lo supe porque los periódicos locales dedicaron una sección en ellos. «El hijo mayor de los Rodríguez contrajo matrimonio». Entre esas líneas estaban los titulares.

Yo no asistí. Ya me dolía suficiente tener que aceptar que mi novio se casaría con alguien que no era yo, aun cuando mantenía una relación conmigo. Aunque era un matrimonio falso, nadie se sentiría a gusto

pasando por algo así. Y Gabriel lo entendió. Él pensaba exactamente lo mismo. No quería que pasáramos un trago amargo.

Gabriel se mudó con Carla. Los señores Rodríguez pensaron en regalarles una casa, pero ellos, con tono serio, dejaron claro que ya era suficiente con lo que estaban haciendo.

Las cosas transcurrían normalmente. Gabriel pasaba el día mayormente conmigo en mi casa. Luego en la noche regresaba. Compartía con Carla. Pero tanto ella como yo sabíamos que algo estaba mal.

Una mañana, Carla me llamó. Alterada. Lloraba desconsolada. Entre llantos, me dio la peor de las noticias: Gabriel había muerto.

Un accidente de tránsito. Al auto lo encontraron en el canal contrario. La muerte fue instantánea.

Durante el interrogatorio, varias personas afirmaron que el vehículo donde Gabriel iba se desvió y entró en la vía contraria, impactando directamente con cisterna de color blanco.

*

Al igual que pasó con Jorge. Yo sabía la situación.

Gabriel llegó una noche a casa. Carla había preparado su comida favorita. Aprovecharía la oportunidad para tratar de saber qué le pasaba a su amigo. Sin embargo, él rechazó sutilmente la oferta y se fue a dormir.

Su cabeza estaba vuelta un caos. Distintos pensamientos lo azotaban. Quería paz. Sentía que controlaban su vida y lo peor, él lo había permitido.

Carla se acostó a su lado. Guardaron silencio hasta que se durmieron.

A la mañana siguiente, Gabriel seguía pensando lo mismo que la noche anterior. Y entre todas las cosas, lo que mayor temor le causaba era la idea de que pudiese terminar sintiendo algo por Carla. Él estaba firme con su relación conmigo. Pero temía que tanta convivencia con alguien pudiese afectarlo.

Por esa razón, se despidió mentalmente de todos. Se disculpó. Lloró. Subió al auto que sus padres le habían regalado. Y antes de salir a la vía principal, dirigió el carro hacia la vía contraria. Una cisterna blanca venía descendiendo en ese momento. Como era un paso de un solo vehículo no había forma de evadirlo; frenar también era demasiado tarde.

*

No tenía idea del tiempo que había pasado desde que supe de la muerte de Gabo. Solo sé que un día encontraba caminando con un rumbo aparentemente desconocido mientras iba rodeado de unas personas vestidas de negro. No me detuve a observar el entorno. Aunque algunas pequeñas cosas que entraban a mi vista se me hacían familiares, no les di importancia.

En mí solo había tristeza.

Todo había sido absorbido por un dolor en mi pecho que, a pesar de todo el tiempo que había pasado seguía presente con la misma intensidad de la primera vez. Eso me hacía querer gritar, llorar. Pero aunque me esforzara, y la tristeza me inundara grandemente, no se formaba ni una sola lágrima. Era como si ahora que se había ido la única persona con la que podía ser yo, con la que podía ser completamente vulnerable porque sabía que me encontraba a salvo, en mí se hubiese formado una especie de coraza. No me sorprendería que un día cualquiera todo eso que estaba acumulado en mi interior terminase acabando conmigo.

Maldición, extrañaba a Gabo. A José David, a Carla. A todos.

Pero ninguno estaba. Ni siquiera Carla. Después de la muerte de Gabo, ella decidió dejar la ciudad. No dio explicaciones. Un día simplemente ya se había marchado.

Cuando nos detuvimos en el camino junto a un árbol, me acerqué a los padres de Gabriel. Su odio hacía mí seguía presente. No lo decían, pero era claro que pensaban que yo era el culpable de todas las tragedias que le ocurrieron a su familia. Y no los culpo, en cuestión de meses perdieron a sus dos hijos. Situándome en su lugar, quizá yo habría llegado a pensar así. Encontrar un culpable para descargar mi dolor.

Lo único que dijeron era deseaban que Gabriel estuviese con ellos y no yo. Que a pesar de todas las circunstancias y conflictos que tuvieron con él, su presencia les aportaba alegría.

Escuchar esas palabras agravó más mi dolor, pero no por eso guardé silencio. Forcé algunas palabras. Ningún saludo ni palabras agradables. No eran necesarias frente a esas personas. Simplemente me limité a decir que no era mi culpa. Quería mostrarme diferente, pero como no había salido de mi dolor, me costaba. Que esos días no habían sido fácil, y que trataran de entenderme.

«¿Días?», preguntó la madre de Gabriel. Su tono era de incredulidad. Y fue cuando sus palabras me quitaron el velo que me cubría. No habían pasado días. Sino casi cinco años desde esa tragedia. Casi en llanto me

dijo que todos esos años había seguido su vida lo más normal que le era posible debido a un tratamiento que estaba recibiendo.

Me comenzó a decir más cosas, sabía que eran con desprecio, pero no lograba escucharla. Me distraje por completo. Parecía como si hubiese notado algo de repente.

De inmediato miró hacia el cielo, y pregunté como si hubiese alguien allí: «¿Esto es un sueño? Si es así, por favor, permite que Gabriel y José David regresen aquí, como si nada hubiese pasado».

Al mismo tiempo pedía a quien estuviera allí que no me permitiera despertar. Si era un sueño, tenía que ver a Gabo por última vez. Casi a gritos lo dije. No me interesaba más nada. Ni los padres de Gabriel ni el resto de personas que estaba allí a mi alrededor.

Por suerte, no ocurrió lo que temía. Al contrario, mi atención se desvió a algo que se movía a mi derecha. De entre unos árboles, dos siluetas aparecieron. Estaban muy lejos, y el brillo del sol no me dejaba distinguir mucho, pero si me di cuenta de que estaban acercándose.

Luego de uno dos minutos, pude distinguir quiénes eran. La primera figura era la de José David. ¡Me costaba creerlo! Habría pensado cosas, pero la segunda figura me detuvo. Era Gabriel. Su nombre salió de mi boca como un murmullo.

José David se acercó a su familia. Estaban en un estado de sorpresa. No podían reaccionar ante lo que veían sus ojos. Pero al cabo de unos instantes, él abrazó a su mamá, y ella comenzó a llorar. Su padre se le unió después.

Gabriel, por su parte, fue directo hacia mí. Sonreía. Vi su expresión, tal como los días en que nuestros problemas no eran suficientes para amargarnos la vida, y rompí en llanto. Él me abrazó, acarició mi cabello. Besé su mejilla. Me aferré a él. No quería soltarlo.

Mientras lo abrazaba, y escuchaba como me decía palabras de consuelo, comencé a rogarle al cielo que mi historia con Gabo continuase. Pero sin ningún tipo de tragedia. Que fuese un sueño donde siempre estuviera con él——

Luego de eso, desperté.

Capítulo 12

11

«En algunos sueños parece que estás viendo un programa a través del televisor. Una película o una serie. En otros, solo alternas constantemente entre los personajes con los que sueñas.»

*

En el interior de una cueva vagamente iluminada por antorchas colocadas aleatoriamente en las paredes rocosas vi a un anciano vestido de blanco y marrón retirar lentamente la mano de la pared frente a él.

El hombre miró su esquelética mano con uñas largas y filosas que acababa de sacar de la roca. Estaba ligeramente enojado. Se notaba por la manera en la que su rostro se torció.

Murmuró algo. Luego la calma regresó a sus ojos púrpuras. Dio la vuelta y caminó en cierta dirección ubicada en el centro de la cueva. Un enorme ataúd de bronce lleno de símbolos extraños lo estaba esperando.

Sobre ese ataúd había un cristal cuadrado en cuya superficie tenía los dibujos de un círculo y una equis. Fueron trazados con tal perfección que nadie creería que habían sido hechos a mano. El círculo estaba elaborado con sangre de dudosa procedencia. Solo el viejo lo sabía. La equis, por su parte, era de cenizas. En cada uno de sus extremos había una vela de color negro que a la que le quedaba poco para derretirse completamente. La cera había creado un montículo, ocultando la sección inmediata del cristal sobre el que descansaba. En centro exacto de las dos figuras había una vela blanca. Aunque su llama era más fuerte, también estaba llegando al final de su ciclo.

Claramente era un altar. Algún ritual se llevaría a cabo.

Luego de acercarse, el hechicero comprobó que todo estuviese siguiendo el orden deseado. Inmediatamente, sacó de su túnica un pequeño frasco que en su interior contenía un elixir de tono oscuro. Ingirió el líquido de un solo trago y extendió su mano derecha sobre el ataúd. Cinco gotas negras se formaron en su palma.

Como si tuviesen vida propia, cada gota comenzó a moverse lentamente hacia cada uno de los puntos donde se habían derretido las velas.

Al contacto, cuatro de las gotas se fusionaron con los montículos de cera, dando lugar a un nuevo elemento viscoso que fue extendiéndose en la misma dirección que hubiesen tomado las puntas de la equis si esta fuera

sido trazada de un mayor tamaño.

Las líneas negras se extendieron lentamente hasta su destino: ataúdes cubiertos por una fina tela también negra. Al hacerlo se detuvieron. Cumpliendo su trabajo de vincularse con el ataúd central.

La gota restante se posó sobre la cera, la moldeó hasta crear un círculo perfecto, para luego volverse intangible, atravesar el cristal y posicionarse directamente sobre el ataúd.

El anciano sonrió y se relamió los labios al ver la unión perfecta de todos los elementos de su ritual. Sus ojos violetas brillaron de tal manera que hasta sus pobladas cejas blancas recibieron un pequeño tono púrpura. Ver ese arrugado rostro con esa expresión haría que cualquiera se le pusiese la piel de gallina.

El hechicero chasqueó los dedos de su mano izquierda y un libro apareció en ella. Se abrió por sí solo, ubicándose en una sección llena de varias imágenes, una de las cuales era exactamente igual a lo que estaba frente a él. Posó su mirada en el texto que mencionaba lo que debía hacerse luego de la vinculación y comenzó a mover silenciosamente sus labios.

Los ataúdes comenzaron a temblar sin control alguno. Era como si en el interior de estos no hubiese un cadáver o huesos sino alguien que todavía mantenía su fuerza vital. Sin embargo, la agitación de los féretros solo duró unos segundos. El lugar se sumió en un silencio mortal. Ese que había reinado allí hasta la llegada de ese anciano.

Satisfecho, el hechicero cerró el libro, agitó su mano y sin ceremonias, todo rastro de él desapareció. Todo estaba como si no hubiese sido alterado. Luego de comprobar que todo estaba en orden, salió.

Capítulo 13

12

«De vez en cuando tiendo a complementar algún sueño, darle cuerpo y un final cerrado o "continuará" porque siento que al escribirlo solo como fue soñado es una ofensa para el mismo.»

*

Una puerta de madera fue abierta con tal potencia que no sería sorprendente si se hubiese desprendido parcialmente de sus soportes. Un joven rubio vestido con una túnica verde entró desesperadamente por ella. Estaba agitado. La cantidad de sudor que le corría por todo el cuerpo había alcanzado su ropa, haciendo que porciones de color verde oscuro fueran visibles. A pesar del agotamiento, y la falta de aire, el chico se esforzó por cumplir la labor que le habían encomendado.

Darle un mensaje al propietario de ese lugar.

Dentro de la habitación en la que el muchacho acababa de entrar, se encontraba un anciano de cabellera blanca y un atuendo del mismo color verde, comprobando el contenido de unas hojas sueltas que tenía suspendidas en el aire mientras anotaba algo en un pergamino dispuesto sobre un pequeño mesón de piedra.

El anciano lo ignoró, pero el chico insistió. Al cabo de un rato, el viejo habló. Sin darse la vuelta, le indicó al joven que hablara. Que fuera preciso y directo. El tiempo apremiaba y la investigación para el rey era de vital importancia.

Asintiendo, el joven comenzó a hablar. Con cada palabra, el anciano fue cambiando su actitud. Lentamente. Tanto así que inmediatamente chasqueó los dedos y canceló el hechizo que mantenía en el aire los trozos de papel. Los recogió y al terminar, giró rápidamente. Escuchaba con atención.

Al anciano se le solicitaba su presencia en la entrada del castillo. Los caballeros que habían sido enviados a explorar una anomalía en las fronteras del reino habían regresado.

Solo eso bastó para hacer que la expresión seria del viejo volviera a sufrir un cambio. Esta vez a uno de alegría. Para él, esa era una noticia estupenda. Habían pasado cuatro meses desde que los cuatro reinos de ese continente habían formado un equipo de exploración en su frontera

común.

La razón de ello se remontaba a seis meses atrás. Cuando numerosas tormentas azotaron el continente. Su intensidad era tal que nadie podía ver más allá de sus pies. Todo tipo de actividad se paralizó. La gente no podía abrir las ventanas o puertas de sus casas, mucho menos salir de ellas. Era un riesgo casi mortal. De no haber sido por los hechiceros de cada corte, quienes sugirieron que se abastecieran lo suficiente, se acondicionaran espacios para poder resguardar a todas las personas y animales en condición de calle, habría ocurrido una desgracia que podría haber llevado a la reducción de una gran parte de la población.

Cuando las tormentas amainaron, las cosas se fueron normalizando gradualmente. Sin embargo, una situación inesperada volvió a alertarlos a todos. Un bosque misterioso había aparecido en el sendero que unía a los cuatro reinos. A pesar de ese fenómeno, al principio nadie le dio gran importancia. En apariencia, era como todos: lleno de árboles tan altos que sus copas se elevaban hacia las nubes y plantas de diferentes tamaños y tipos, conocidas e incluso desconocidas. Pero lo que le añadía un tono espeluznante era la niebla que lo rodeaba y el tonó del cielo que estaba sobre el perímetro.

Inicialmente, el cielo oscuro y la neblina circundante eran elementos que se podían encontrar con frecuencia una zona con una excesiva cantidad de flora. Adicionalmente, las recientes tempestades que habían sacudido al continente le daban más peso a la idea de que eso no era algo alarmante. La gente concluyó que simplemente se trataba de las obvias consecuencias de los fenómenos meteorológicos.

Los días fueron pasando y las condiciones que envolvían aquel lugar tan misterioso comenzaron a despertar la preocupación que descansaba plácidamente en lo profundo de los corazones de la gente. Las nubes que antes habían sido una mezcla de gris y negro ahora eran rojizas, con la aparición constante de pequeños destellos ondulantes que daban la sensación de que el cielo estuviese en llamas. Por su parte, la niebla se espesó tanto que lo único apenas visible eran las copas de los árboles más altos que brillaban un poco cuando los relámpagos hacían acto de presencia. Llamaron a ese lugar el Bosque del Cielo Ardiente.

Fue entonces que los cuatro reinos convocaron una reunión y tras extensas horas de debate con los expertos de distintas áreas, concluyeron que era momento de realizar una expedición conjunta para explorar el área y saber si no representa ningún peligro a pesar de su ominosa apariencia. Parecía que finalmente tendrían respuestas a todo ese misterio.

Era normal que el anciano no pudiese ocultar su emoción. Guardó en el libro que siempre cargaba consigo las hojas que había recogido. Organizó

superficialmente el desorden que se había generado por sus horas de estudio y tomó su bastón negro con puntas metálicas de color púrpura y de aspecto filoso.

Ambos salieron. El anciano cerró la puerta con un sencillo hechizo de protección.

El trayecto hacia la entrada fue silencioso. El chico creía que era prudente no hablar. Y tenía razón. Si alguien iba a alterar el estado de humor de ese viejo no sería él.

La entrada del castillo estaba abarrotada de personas. El anciano y el chico se abrieron paso con dificultad. Algunas personas que lo reconocían a tiempo permitían que pasara, otras, sin embargo, recibían pequeños empujones del bastón. Otorgando a cambio malas miradas a los «recién llegados».

Cuando salió de la multitud, la emoción que tenía se esfumó al instante. Frente a él no estaba el esperado grupo de cien miembros vestidos con los distintivos colores de sus reinos. Al contrario, solo una zanja de aproximadamente veinte metros de largo le daba la bienvenida. En el agujero, cuatro figuras se movían desesperadamente. Agitaban sus manos de un lado a otro. Una escena extraña.

El anciano, inexpresivo, interrogó al chico. Se notaba la ira en cada palabra que pronunciaba.

Nervioso, el muchacho le explicó. Le aclaró que eso parecía ser la expedición, o lo que quedaba de ella. Los pocos testigos afirmaban que un silencioso rayo naranja cayó y al desaparecer había dejado esa grieta. Cuando los soldados de guardia se acercaron, encontraron esa vista y fueron inmediatamente a informarle al rey.

También le explicó que debía ser él, como hechicero de la corte, quien representara al reino y llevara a cabo la verificación de los cuerpos. Pero sin entrar a la zanja. Ese trabajo se haría cuando los demás reinos estuvieran presentes.

El hechicero se sumió en pensamientos. Luego asintió. Se acercó al borde de la zanja y miró con detenimiento los cuerpos al fondo. El horror emergió junto con un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

Las cuatro figuras tenían rastros de lo que alguna vez fue ropa. Aunque estaba hecha jirones, todavía se podían distinguir los colores característicos de los reinos. Esa era la infalible prueba de que pertenecían a los integrantes de la expedición. Sin embargo, el verdadero motivo por el que ese reconocido hechicero tenía sobre sí la sombra del miedo era otro. Al detallar los cuerpos, descubrió que los movimientos que estaban

realizando no eran al azar. Encorvaban sus manos como si estuviesen intentado arrancarse algo de encima. Además de eso, donde debían estar sus ojos solo había dos piedras blancas e irregulares con unos símbolos misteriosos…

El anciano exclamó. Quería entrar. Agitó su bastón. Un brillo azul apenas perceptible apareció. Pero eso fue todo. Al instante, la partícula mágica se esfumó. Obviamente recordaba que hasta que no estuviesen presentes los demás representantes, las investigaciones allí dentro no serían posibles.

Contempló detalladamente el comportamiento de los cuerpos y los grabó en su memoria. Luego dio la vuelta, y caminó rápidamente hacia sus aposentos. Con cada paso su avance se volvía cada vez más rápido.

El anciano maldecía sin cesar. Sabía que había visto o leído algo similar a eso, pero no recordaba el origen. Para refrescar su memoria tenía que regresar a sus libros. Sumergirse en ellos y hallar respuesta.

Desactivó el hechizo de protección de la puerta incluso a unos pies de distancia. Soltó el bastó y se acercó a su pequeña biblioteca ubicada en un rincón. Extrajo los libros que creía estrechamente relacionados a fenómenos y maldiciones o algún arte oscura.

El hechicero revisó todo. Libro tras libro caían al suelo o eran arrojados a un lado debido a que tenía prisa y necesitaba confirmar o negar su miedo. Finalmente, cuando restaban solo un par de ejemplares, un libro negro de aspecto bastante descuidado mostró la respuesta deseada. Sin embargo, la expresión de anciano se ensombreció. Eso era porque el libro donde había información acerca de ese fenómeno llevaba por nombre Infernum iudicium, que se podría traducir como juicio infernal.

Capítulo 14

13

«Las parálisis de sueño también poseen un trasfondo que puede ser recordado.»

*

Paseaba en un carro. Había salido de la ciudad con destino a algún sitio natural donde pudiese despejar mi mente. A tomar aire fresco.

Entré a un pueblo y luego de estacionar el vehículo tomé mis cosas y caminé en dirección a las colinas que había en la distancia cuyas cimas estaban cubiertas de nieve. Parecía un trabajo artístico.

Las aves cantaban. Volaban de un lado a otro. Como el camino estaba rodeado de árboles de varios tamaños, no tuve inconvenientes con el sol que brillaba en el cielo.

Finalmente llegué al pie de una colina. Compara con las demás, esta parecía una montaña de pequeñas dimensiones. Era tan hermosa que incluso se me antojaba subirla. Pero como no tenía el equipo para ello, desistí. Solo podía observar maravillado todo lo que me rodeaba.

Recorrí la zona poco a poco, deteniéndome a examinar cada detalle.

De repente, llegué a un camino bloqueado por un montón de ramas y troncos marchitos. Más allá de ellos, los árboles también tenían un aspecto desolador. Muerto. Sentí curiosidad por ir más allá, pero todo estaba en mi contra, aparentemente. Si intentara cruzar a la fuerza, me haría daño, y eso no era parte del plan. Solo me quedaba regresar y buscar otro rumbo.

Volteé. Pero al hacerlo, quedé inmóvil porque en la pequeña montaña había aparecido algo que claramente no había estado allí.

Una casa. Por su aspecto, databa de la época del siglo XIX. Pero más allá de su arquitectura tan llamativa, lo más sorprendente era que el lugar donde esta estaba posicionada carecía de completa lógica. Una pequeña saliente que solo servía de base para una porción centrar de la construcción. El resto sin soportes. Un pequeño terremoto y todo eso se vendría abajo.

A pesar de ello, ignoré toda lógica. Seguí caminando por el camino que había llegado. Al cabo de unos minutos, otra situación volvió a sorprenderme. Casi llegando a la cima de la montaña, una entrada de

cueva que tampoco había estado allí me saludaba. De ella, una figura saltarina estaba saliendo.

Cuando alcanzó la luz, pude ver que era un pequeño mono. Saltaba de un lado a otro entre los árboles. Llegó hasta cierta distancia de donde yo me encontraba. Se paró en una rama y comenzó a hacerme señas y señalar la cueva. ¿Con qué fin? No lo sabía.

De «buena cortesía» respondí el gesto del animal con un saludo, di un último vistazo a la cueva y seguí mi camino. Estaba empezando a ocultarse el sol y yo debía regresar. Odiaba conducir de noche.

Pero ni siquiera había volteado bien cuando un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Frente a mí, bloqueando mi paso, estaba una casa. Viéndola con detenimiento, descubrí que era la misma que había visto minutos antes. Eso me dejó la mente en blanco. La lógica ahora sí había desaparecido por completo.

Como para acompañar a ese fenómeno, el curso del tiempo comencé a percibirlo acelerado. Pensaba que era por mi propio miedo pero al ver cómo a mis alrededores todo estaba más oscuro de lo normal, supe que no era ilusión.

Sin más opción, entré a la casa. Ingenuamente pensé que habría gente allí. Que a pesar de lo ilógico que era todo, dentro sería recibido por alguien. Desafortunadamente no fue así.

El interior estaba iluminado apenas por una pequeña luz que llegaba del otro lado de una ventana rota al final del pasillo frente a mí. Una luz de desconocida procedencia, teniendo presente que afuera estaba oscuro. Eso fue más que suficiente para permitirme explorar todo.

Lo primero de lo que me percaté era que el exterior estaba más cuidado que aquí dentro. Por fuera la madera estaba pulida. El decorado y la pintura estaban bien trabajado y mantenido. Dentro todo era un caos. Un aire de abandono rodeaba todo. Las cortinas estaban rasgadas, las puertas rotas, lo que era hierro estaba oxidado. Como si el lugar llevase años abandonado.

Otro punto que alteraba la lógica era que todo era más pequeño aquí.

Caminé rápidamente, echando un corto vistazo a las cosas que podía. Primero en la ventana que iluminaba. Allí había un pequeño estante, sobre el cual había un papel con contenido ilegible.

Luego caminé a la izquierda; lo que parecía una cocina. Rebusqué en todos lados pero no hallé nada útil. Luego fui al otro lado: la habitación.

Era el lugar más oscuro de esa casa. En él había dos camas separadas por un metro de distancia. Pudo haber sido el cuarto de algún par de hermanos, quién sabe.

Me acerqué a una de ellas. Pasé mi mano derecha sobre la sabana de una. Se sentía extraña. Suave, y al mismo tiempo áspero. Daba la sensación de que la habían usado hace poco. Eso me asustó.

Quise alejarme inmediatamente, pero mi cuerpo no respondió. Al contrario, se volvía más y más pesado. mi brazo izquierdo comenzó a moverse extrañamente hacia atrás, como si algo o alguien lo estuviese torciendo. Intenté regresarlo a la normalidad, sin éxito. Aun así, cuando logre llevarlo ligeramente hacia adelante, pude ver cómo sobre mi antebrazo algo transparente estaba aferrado a él. Como una cinta pero con volumen. Pues la vi moverse como cuando uno aplica presión a algo que está sujetando con las manos.

Volví a reunir mis fuerzas y luchar contra eso. En lo que mi brazo estuvo lo suficientemente cerca de mi cara hice ademán de morder lo que me agarraba para ver sin me soltaba. Pero fue en vano. Lo que me sostenía era intangible.

De pronto mi vista comenzó a oscurecerse lentamente. Sentía como si esa cosa me absorbiera poco a poco mis sentidos.

Risas. La cosa que me sostenía reía descaradamente de mí. Aunque no pronunciaba palabras, en su risa había un mensaje. Que no me esforzara, que todo intento de zafarme sería inútil.

Quise gritar. Pero no sirvió de mucho. No salía sonido alguno.

Solo intentos ahogados.

Auxilio era lo que decía. Intentaba expulsarlo con todas mis fuerzas.

No sabía si esos sonidos ahogados tuvieron efecto. Lo que sé es que de repente sentí que era liberado. Y que lo que estaba atormentándome se alejaba.

Cuando desperté. Estaba bocabajo en mi cama. Sin fuerzas. Sin poder moverme. La cara pegada a la almohada. Y mi brazo en posición de haber sido llevado hacia atrás. Me dolía.

Capítulo 15

14

«Desafortunadamente, mi habilidad para controlar mis sueños es nula; de lo contrario habría culminado aventuras que quedan inconclusas.»

*

El carro en el que iba dobló en una esquina. Se detuvo. Habíamos llegado a nuestro destino.

Todo a mi alrededor tenía un aspecto colonial que inmediatamente desempolvó los recuerdos de mis viajes de infancia. Esos donde, debido a alguna actividad escolar, visitábamos casas o pueblos que tenían una huella en la historia de mi ciudad o país.

Iba acompañado. Un chico ligeramente más bajo que yo. Delgado. De cabellos negros y ojos color avellana. Se llamaba Carlos.

Llevamos todo el equipaje hacia la posada donde pasaríamos esa semana. Entramos. Inmediatamente, Carlos se instaló. Estaba cansado. Lo entendía a la perfección. El viaje había sido extenso, y sin paradas que durara lo suficiente como para poder estirar el cuerpo.

Yo, por mi parte, estaba ansioso. Quería explorar el lugar. Quería borrar todo el aburrimiento que había acumulado en el trayecto. Descansaría cuando me fuera a la cama, a la hora de dormir.

El lugar era tranquilo. No había mucha gente. No sabía si era porque estaba anocheciendo, pero me gustaba.

Caminé por la misma acera en la que estaba la posada. Justo al lado de ella, había una entrada. Era libre, o eso parecía. No poseía una puerta ni nada que uno tuviese que tocar para poder acceder. Me paré justo al frente y eché un vistazo al interior. Estaba ligeramente iluminada, además de ello, y para mi sorpresa, desde el umbral había agua.

A pesar de que no había nada en el borde inferior de la entrada que la obstaculizara, el agua no escapaba al exterior. Era extraño.

Entré. Y al hacerlo quedé sin palabras. A pesar de la pequeña fachada del lugar, todo lo veía dentro superaba su tamaño. Era bastante amplio.

Al cabo de un par de pasos, me di cuenta de que el lugar no estaba vacío. A mi izquierda había un par de personas disfrutando de un baño. Pensé que quizá lo consideraban una especie piscina natural o unas aguas

termales.

No había más nada. Al fondo de la «cueva» solo se veía la oscuridad. Presumiblemente las paredes. Y la parte más oscura del agua.

Dirigí la mirada hacia mi derecha. Algo allí había llamado mi atención. La fuente de la iluminación que poseía el lugar. Un arco de roca y al otro lado una especie de escalera natural. Aunque no era una escalera como tal, sino una piedra enorme que era tan irregular y estaba tan inclinada que podía usarse para subir por ella y llegar al otro lado. A lo que claramente era la posada donde Carlos y yo nos habíamos hospedado.

Suena algo. Reviso mis bolsillos y saco un celular. Era mi compañero. Con un tono serio preguntaba dónde estaba y qué hacía. Cuando le dije que estaba al lado, colgó. Al cabo de unos instantes lo escucho llamarme desde detrás de mí.

Me acerqué a él. Al igual que yo, su rostro tenía una expresión de sorpresa. Veía todo a nuestro alrededor como un niño al que se le iluminaba el rostro ante un regalo. Si había venido a buscarme, claramente se le había olvidado.

Cuando habían pasado un par de minutos, tomé la iniciativa de retirarnos. Carlos asintió, pero en ese momento…

El agua comenzó a agitarse con fuerza. Formaba unas olas que alcanzaba incluso el techo de la cueva. La pareja que se bañaba tranquilamente también lo notó y se alarmó. Sin embargo, seguían en sus sitios. Sus miradas eran de horror; no podían moverse.

Retrocedí por reflejo hacia la parte donde estaba la roca inclinada. Si esas personas no se habían quedado paralizadas por el miedo, entonces había algo en el agua que estaba limitando el movimiento de quien sea que estuviese dentro.

Carlos gritó. Volteé en dirección a donde estaba el grito. No estaba. Otro grito. Provenía de las personas que se bañaban, cuando los miré, solo pude ser testigo de cómo el agua los estaba arrastrando hacia abajo.

Intenté socorrerlos, pero de la nada una mano me sujetó el brazo. Tiró de mí con brusquedad que di la vuelta con rapidez. Un hombre alto, de contextura media, ni gordo ni flaco, y moreno me miraba con sus ojos verdes. Su mirada penetrante producía miedo y calma al mismo tiempo.

Me prohibió actuar. Me dijo que estaba a salvo en tierra, y que siguiera allí. Que existía la posibilidad de salvar a esas personas. Podrían seguir

con vida.

Luego de eso, miré nuevamente al agua. Estaba calmándose. Cuando todo el alboroto cesó. El hombre misterioso me dijo que lo acompañara hacia el final de la cueva. Obedecí.

Al llegar, mis ojos no podían creer lo que veían. Todo seguía oscuro sí. Pero no había pared que marcara el límite de la cueva. En su lugar había una abertura. Al otro lado, la imagen de un círculo formado por rocas puntiagudas sin espacio entre ellas en sus bases. Dentro de él, agua. Tan cristalina que si hubiese fondo sería apreciable.

El agua de la cueva salía sin dificultad hacia ese lugar y se mezclaba con el «mar» que estaba al otro lado.

Si no me equivocaba, eso era un portal. Y tenía que serlo. Estaba seguro que al otro lado solo debería haber calles y edificios. No esto.

El hombre misterioso volvió a hablarme. Dijo que eventos así eran frecuentes. Han sido los responsables de desapariciones a lo largo de la historia del mundo. Que también han aparecido valientes que se aventuran para hallar las respuestas a esos fenómenos, pero desafortunadamente no han encontrado nada. Y si lo han hecho, jamás han regresado.

De repente, un golpe muy fuerte azotó mi cabeza. Un dolor penetrante iba en ascenso.

Cerré los ojos. Oscuridad.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba en otro lugar. Una habitación muy pequeña y oscura. El cuerpo me dolía como si me hubiesen dado una fuerte paliza.

No tenía idea de cómo había llegado a ese lugar. Lo único que recordaba era el fenómeno que había hecho desaparecer a Carlos, y que tenía la intención de encontrarlo.

Capítulo 16

15

«La oscuridad puede significar muchas cosas dentro de una pesadilla.»

*

Al amanecer, salí de la casa en la que me encontraba.

La luz del sol cegaba mi vista. Parecía como si hubiese permanecido encerrado más de una semana, ya que tomó algo de tiempo que mis ojos se adaptaran al brillo matutino.

Cuando logré ver con naturalidad, fui atacado por la sorpresa. No podía creer lo que estaba a apareciendo ante mí. A un par de calles de donde me encontraba había una plaza llena de árboles frondosos. Los árboles no eran tan altos. Sumado a eso, la densidad de sus ramas y hojas era tal que incluso una persona promedio tendría dificultad de caminar entre ellos sin doblar un poco su cuerpo.

Toda esta sorpresa se debía a que, cuando llegué aquí, era de noche. Sin embargo, no estaba en una situación en la que me pudiera permitir contemplar mi entorno. Me estaban persiguiendo. ¡Y todo por un maldito sello!

Había firmado mi sentencia de muerte en el momento en que tomé el objeto del que no tenía idea para qué servía. Pero era lo que me habían encomendado hacer. De no haberlo hecho, igual habría muerto. Las últimas palabras del Observador fueron muy claras, el sello o mi vida.

Pero no era momento de lamentarme por nada. Ya había pasado demasiado tiempo. No sabía cuánto exactamente, pues todo comenzó a transcurrir de una forma diferente después del puente colgante. Al contrario, debía buscar la forma de mantenerme a salvo, lograr deshacerme por completo de los asesinos.

Luego de organizar mis ideas, comencé a explorar los alrededores. Al cabo de un largo rato, me di cuenta que el lugar estaba completamente deshabitado. Pero era extraño. Todo estaba en orden. Casas limpias y cerradas; algunas abiertas, pero no mostraban signos de haber sido forzadas, ni mucho menos saqueadas. Aunque todo estaba en «orden», me seguía dando una sensación ominosa. Detestaba los sitios demasiado solitarios a plena luz del día. Un lugar así solo traía una cosa: peligro. Aun así, me dije que la gente debería estar en otro lado, trabajando,

estudiando, quizá.

Revisé algunas de las casas que estaban abiertas en busca de suministros, o cualquier cosa que me fuera de utilidad. Aunque, desde que tuve mi encuentro con el Observador, extrañamente no siento hambre ni sed, aún mantengo la costumbre de llevar cierta cantidad de suministros conmigo, y consumir una pequeña porción para no perder el sentido del gusto.

Luego de abastecerme con lo que creía necesario, me dirigí hacia la espaciosa carretera que llevaba hacia la plaza. Mi sorpresa seguía en ascenso al ver que efectivamente el lugar estaba vacío. Ni un alma era visible por ningún lado.

A pesar de eso, no bajé mi guardia. Mientras avanzaba, iba observando cada lugar, atento a cualquier movimiento, independientemente de lo mínimo que fuera.

«Me pregunto qué fue lo que ocurrió exactamente aquí. Sigo sin entender por qué este lugar está completamente carente de personas. Es como si, de la nada, la tierra se los hubiese tragado.»

Luego de fortalecerme mentalmente y dejar ese pensamiento a un lado, seguí avanzando un par de pasos hasta que me detuve por completo.

Cerca de la esquina, divisé un vehículo de color blanco. Era el primero que veía en este sitio.

Me alejé del automóvil. No estaba seguro de qué o quién era su propietario, pero después de lo ocurrido anoche no podía confiar en nadie.

Sin embargo, cuando me disponía a avanzar, una ola de miedo me atacó. Sentía que algo se acercaba. Agucé el oído para determinar si efectivamente había algo cerca, pero no tuve tiempo… Desde mi izquierda una sombra negra se venía hacía mí a toda velocidad. Cargaba algo en la mano, pero debido a la rapidez, no alcanzaba identificar qué era.

Corrí. Comencé a cruzar entre esos árboles bajos, atento de no chocar con ninguna rama, y mucho menos dejar que esa sombra me alcanzara. Podía escuchar claramente como caían cosas al suelo; probablemente eran las ramas cortadas por el arma de la sombra.

Luego de correr y esquivar—sentía que estaba corriendo en círculos—volví a la carretera. Intenté recobrar el aire, pero no pude. No porque la sombra no me lo permitiera; era que había aparecido un segundo perseguidor. Estaba bloqueando mi camino al frente.

El recién llegado seguía inmóvil luego de mi aparición. Gracias a eso, pude ver su apariencia. Su atuendo era carmesí. Un traje muy ajustado. En su pecho cargaba una especie de collar hexagonal. En su mano derecha portaba una espada curva, muy parecida a una khopesh, la cual estaba moviendo muy hábilmente.

Detrás de mí apareció la sombra negra que me había estado persiguiendo. Se detuvo en el acto al ver al individuo carmesí. Liberó una especie de rugido, y sin decir nada, arrojó su arma. Aunque venía en mi dirección, yo no podía moverme. Estaba paralizado. El miedo había tomado control de mí y bloqueado mi movilidad. Sin embargo, cuando ya la espada estaba a centímetros de mí solo escuché cómo rozó mi oído, dejando solo el zumbido del viento siendo cortado. Algo la había hecho cambiar ligeramente de dirección. Y estaba seguro de que no fui yo.

Furioso porque su ataque había sido desviado, la sombra negra se abalanzó sobre mí para completar lo que imagino sería su trabajo: asesinarme.

Pero cuando, impotente, esperaba simplemente ser eliminado, el perseguidor carmesí se movió y con una potente patada logró derribar a la sombra. Se situó delante de mí, y con una voz fría e indiferente, dijo:

—No creas que estás a salvo. También eres nuestro objetivo. Claro, nuestro plan no es asesinarte. Simplemente tienes algo que nos es necesario. Y requiere que sigas con vida hasta que lo obtengamos.

Sin decir más, el perseguidor carmesí simplemente corrió tras la sombra y comenzó a combatir contra ella.

Luego de varios minutos, quizá, finalmente logré recuperar la movilidad, y tras ver que ambos seres estaban enredados en una batalla en la que era difícil decir quién ganaría, decidí aprovechar esa oportunidad para huir. Pero fue inútil… en el instante en que logré levantarme para correr, el perseguidor carmesí se dio cuenta y arrojó su khopesh con todas sus fuerzas para evitar mi escape.

El arma se acercó a mí a una velocidad fantasmal. Posteriormente, una presión llegó y me envolvió. Luego, la oscuridad llegó.

Capítulo 17

16

«Durante los sueños no hay diálogos presentes, lo sé porque las imágenes quedan frescas y todo transcurre como una película muda. Sin embargo, al despertar, recuerdo todo lo hablado; listo para ser escrito.»

*

Por la hora, lo primero que decidí fue encontrar un sitio donde pasar la noche. Así que luego de sacudir la cabeza, seguí por el camino iluminado por las luces de los faroles.

La carretera estaba desierta. Por más que caminara, no era capaz encontrar a alguien que pudiese indicarme la ubicación de algún hotel o posada en el cual hospedarme. Me inquietaba seguir vagando en la oscuridad sin siquiera saber qué hacer o adónde ir.

Al cabo de un largo rato, comencé a notar algo extraño. Los faroles de luz estaban más alejados unos de otros, por lo que, a medida que avanzaba, permanecía más tiempo en la oscuridad; y eso no me gustaba. Aun así, no me detuve por eso.

Doblé unas cuantas esquinas, que parecían iguales todas, hasta que finalmente encontré a una persona. Entrecerré los ojos, y con ayuda de la débil luz del farol cercano, fui capaz de identificarlo un poco. Era un hombre, mediana edad, quizá; las condiciones actuales no me permitían decirlo con exactitud. Parecía desorientado y preocupado a la vez. Como si estuviese buscando algo, ya que iba de extremo a extremo mirando hacia todos lados.

Vacilé un momento, pero luego decidí acercarme. Fuera lo que fuera, tenía que conseguir información. Ver si él me podía indicar alguna dirección. Pero no tuve tiempo de hacer nada. Al verme, el hombre se me acercó rápidamente y habló primero. Su voz estaba llena de desespero.

Todo lo que me decía era completamente extraño. Me pedía ayuda. Hablaba de encontrar un lugar lejos de la carretera lo más pronto posible.

Intenté calmarlo, pero fue inútil. Solo seguía pidiéndome que lo ayudara. Lo hacía sin parar. Fue cuando accedí a ayudarlo que suspiró de alivio.

Viendo que ya estaba más calmado, comencé a hacerle preguntas. Para mi sorpresa, respondió, pero sin dejar de buscar por sus alrededores. Me contó dijo que desde hacía unos años, algo que ellos terminaron llamando «el espectro» pasaba todas las noches por las calles de ese pueblo, y que

cualquier ser vivo que encontrara a su paso era devorado hasta los huesos, dejando solo una mancha de sangre y dentro de ella, un extraña marca negra y el nombre del desafortunado.

Todo lo que contaba parecía sacado de una historia de terror.

Luego de darme una breve explicación de los eventos recientes que ocurrían en este lugar, me dijo que el motivo por el que la noche lo había alcanzado aún por la calle era porque había ido a visitar a unos amigos, y se había confiado de la hora. Y que, por miedo a que el espectro lo encontrase, tenía que hallar una especie de refugio temporal en el cual pudiera mantenerse a salvo, para luego regresar con calma a su hogar.

Al terminar, dio la vuelta empezó a explorar los alrededores. Hice lo mismo, pero no pude hacer nada. Por más que intentara buscar algo fuera de la carretera, no lo lograba. El pasto, los cercados… Todo parecía artificial. Se sentía como si lo único real fuera la carretera y el entorno fueran paredes dibujadas.

Viendo que no podía hacer absolutamente nada, giré para decirle al hombre que siguiéramos buscando más adelante para ver si lográbamos tener éxito, pero cuando volteé, lo que vi hizo que todo mi cuerpo quedara helado.

A unos treinta metros detrás de nosotros, justamente en el último farol de luz que habíamos pasado, había algo. Una masa negra cubriendo la carretera de extremo a extremo. Era tan densa que, a pesar de la luz del farol, no se podía ver más allá de ella.

El hombre, al ver mi expresión, siguió la dirección de mi mirada y una ola de pánico lo atacó. Pero no se quedó paralizado. Al contrario, se me acercó rápidamente y me comenzó a tirarme del brazo. Me decía que ese era el espectro y que teníamos que correr lo más que pudiéramos hasta encontrar algún sitio seguro.

Antes de comenzar a correr, eché un vistazo hacia atrás, hacia ese espectro. Era extraño. Avanzaba lentamente por la carretera, pero parecía que no fuera consciente de nuestra presencia.

«Es un punto a nuestro favor.»

Eso fue lo que pensé. Siempre y cuando no nos persiguiese directamente, quizá tendríamos oportunidad de salvarnos de eso.

Luego de contemplar esa idea, corrí hacia adelante. Al cabo de un rato, me di cuenta que nuestros alrededores cambiaban, estábamos saliendo del pueblo y adentrándonos a un camino de montaña. Sin embargo, no le di tanta importancia. Nuestra única prioridad era huir de esa sombra que

nos seguía.

Entre lo que parecía un camino interminable, unos muros de montaña considerablemente altos, la tenue luz de luna que se filtraba a través de los espacios en las nubes, y algún que otro agujero en la carretera que lograba esquivar, me había olvidado de mi compañero.

Volteé rápidamente a mi alrededor, pero no lo vi. Un pequeño miedo me asaltó. Pensé que se había quedado muy atrás y la sombra lo había devorado, pero desistí rápidamente de esa idea ya que no lo había escuchado gritar. Además, ese espectro estaba demasiado lejos de nosotros.

Sacudí la cabeza con impotencia y continué mi carrera. No podía detenerme a buscarlo. Si lo hacía, mi final no sería para nada bueno. Una parte de mí me decía que no debía darle importancia a alguien a quien acababa de conocer y no tenía ninguna conexión conmigo. Y, en efecto, era así.

Corrí sin parar. Todo era tan repetitivo que sentía estar corriendo en un mismo lugar. Ya cuando estaba comenzando a quedarme sin aliento, algo ante mí me hizo detenerme de forma abrupta.

Una estructura metálica similar al cercado de advertencia de algún lugar cuyo paso está prohibido. En el centro de la misma, colgaba un letrero con símbolos desconocidos para mí. Junto a él, un farol apagado.

Maldije en mi mente. Sin saberlo, había llegado a un callejón sin salida. Y lo peor, el espectro estaba acercándose cada vez más. Resignado, fijé mi mirada en la sombra, viéndola avanzar lentamente por todo el camino.

Cuando llegó justo frente a mí——

Capítulo 18

17

«Se podría decir que sentir que mueres en un sueño es similar a cuando te ocurre una parálisis de sueño.»

*

Después de sentir estar nadando durante horas, regresé nuevamente a la «realidad». Miré a mi alrededor y noté que estaba saliendo lentamente de una trampilla en el suelo de una pequeña casa. Al principio me sentí confundido. Recordaba haber dejado su formación, y avanzado hacia la orilla del lago que se encontraba cerca del camino. Hasta allí llegaba la información en mi mente.

Aunque era un misterio la razón por la que había hecho tal acción, y sobre todo, lo que había ocurrido en el intervalo después de eso y antes de aparecer en esa casa, actualmente no valía la pena en pensar en algo que no tenía respuestas. Solo me quedaba encontrar a mi grupo y reintegrarme.

Todo estaba ligeramente oscuros. Además de la trampilla, la casa en la que estaba poseía una entrada principal. Estaba abierta. Si alguna vez hubo puerta, hacía mucho que se había deteriorado, dejando únicamente trozos de madera sujetos en las bisagras del marco. Cerca de ella había dos ventanas completamente selladas con tablones llenos de clavos en sus extremos.

Me preguntaba qué había pasado en este lugar, pues, además del estado oxidado y deteriorado de las cosas, había desorden. Los restos de una cama, una mesa, varias sillas y alguno que otro elemento de mobiliario estaban esparcidos por todo el suelo. Era como si hubiese pasado un grupo de saqueadores y tomado todo lo que había allí, obligando a los propietarios allí a irse. Eso en caso de que no perecieran a manos de esos criminales. Pero como no lo sabría por más que me esforzara, desvié mi atención de todo ello.

Reviré rápidamente mi equipo. Era importante saber si todo estaba en orden, y si no había perdido nada en ese tiempo que del que no tenía recuerdos. A pesar de haber estado en el agua, me encontraba completamente seco. Era extraño. No tenía ningún rastro de haber estado sumergido en el agua.

Desenfundé mi arma. Un revolver. Superficialmente estaba en perfecto estado. Sin embargo, cuando revisé la munición, quedé estupefacto. No era el típico tambor que debía poseer. El que veía frente a mí poseía

dieciocho espacios. Es decir, el triple de capacidad de lo que antes tuvo.

Inmediatamente intenté imaginarme la manera en la que funcionaría el mecanismo. Pero lo único que intentaba llegar a mi mente era una locura. Una completa locura.

De pronto, un sonido ordenado sacudió el suelo ligeramente, haciéndome desviar la atención. Me levanté como un relámpago y corrí hacia la puerta. Luego miré hacia la izquierda; hacia el origen del sonido. En esa dirección, más allá del camino que cubría el agua, y llegaba a un pequeño bosque en la distancia, una masa negra de personas se movía lentamente en dirección hacia mí.

Mi cabeza elaboró un sinfín de posibilidades, lo que hizo que el miedo, la duda e incertidumbre se abalanzaran sobre mí. A pesar de ello, cuando las primeras personas se hicieron más visibles, la calma regresó. Era el ejército con el que estuve marchando recientemente.

Antes de que me vieran, volteé. Busqué un lugar para esconderme y estar atento al momento en que pasara el grupo al que yo pertenecía, poder integrarme en él y seguir mi rumbo.

Pero cuando apenas me había movido lo suficiente como para agacharme entre los escombros, la cama y la mesa que estaban cerca, una voz inconfundible resonó con fuerza en toda la casa.

No había necesidad de voltear. Sabían que quien había llegado era el jefe de mi destacamento. Un hombre que era temido por todo el territorio, y al que nunca nadie podría llevarle la contraria porque las consecuencias serían completamente severas. Un hombre que detectaría una mentira con el solo hecho de estar parado frente a ti, aún si no hubieses dicho nada. Esa clase de hombre estaba mirando fijamente en mi dirección.

Lo único que me preguntó fue la razón de mi separación del grupo. Nada más. Por mi parte, yo me disponía a explicarle la situación mientras me alejaba lentamente de escondrijo, cabizbajo.

El jefe no me permitió que me explicara. Dijo que con mirarme ya sabía la respuesta. Solo se alejó de la puerta para permitirme salir y reintegrarme al grupo. Luego silbó y todo el ejército se detuvo al instante. Llamó a dos soldados. Una chica y un chico avanzaron rápidamente. Saludaron y se pararon firmemente frente a nosotros. Con otro silbido, el grupo militar volvió a avanzar al mismo ritmo que antes. Nadie dirigió su mirada hacia las cuatro personas que iban siendo dejadas atrás lentamente.

Luego de intercambiar miradas entre sí. El jefe sacó un frasco de su bolsillo y nos lo entregó. Indicó que debíamos beber el contenido de la botella cuando ya todos los soldados hubiesen terminado de cruzar este

camino. No dijo más nada. Volteó, se integró al ejército y desapareció de nuestra vista.

Dudamos. El jefe no solía ser tan «bueno». A pesar de ello, obedecimos, temiendo que nos castigara con algo peor.

Después que unos largos diez minutos transcurrieran, el enorme y aparentemente interminable ejército finalmente mostró a su último soldado. En ese mismo instante, los tres nos miramos y asentimos. Abrimos lentamente el frasco y recibimos el fuerte olor que brotó de él.

Era alcohol. Algo que no teníamos permitido consumir hasta no tener la edad suficiente. Pero una orden es una orden. Dimos un trago cada uno, y cuando terminamos, cerramos rápidamente el frasco y lo guardamos para entregárselo al jefe cuando lo viéramos.

Al cabo de unos pocos segundos comenzamos a sentirnos extraños. Perdimos el equilibrio y caímos sin fuerzas. A duras penas podíamos mover los ojos, esforzándonos para que no se nos cerraran.

Anocheció. El frío nos rodeó. Nos hacía temblar. Me preguntaba si habíamos hecho algo que colmó la paciencia de nuestro jefe como para que nos hiciera algo como esto. Naturalmente, la respuesta era algo que no hallaría.

Cuando la luna llena se mostró frente a nosotros, algo comenzó a salir del lago que estaba al otro lado del camino. Era de color negro. Netamente negro. Parecía la sombra de algún ser vivo que estuviese desprendido de este y ahora estaba moviéndose con plena libertad.

Cuando emergió totalmente del agua, caminó ágilmente hacia nosotros, asustándonos. Fuera lo que fuera, no queríamos que se nos acercara. Pero ¿qué podíamos hacer?

Estando más cerca, fuimos capaces de ver ligeramente que la sombra tenía el aspecto de un animal. Parecía un felino. ¿Una pantera, por su color? No. Había emergido del agua. Lo que quería decir que, sí o sí, tenía que ser un animal marino.

En cierto momento, la sombra no estaba frente a nosotros. Inmediatamente sentimos que nos movíamos. No fue por propia voluntad. Algo nos trasladaba y colocaba en un sitio donde pudiéramos apoyar las espaldas. Me preguntaba si era la criatura. De ser así, ¿qué razones tenía para hacer eso? ¿Acaso tenía algún ritual que obedecer para poder devorar a sus presas?

La bestia volvió a situarse frente a nosotros. Ahora que estaba más cerca pude detallarla un poco. Su cuerpo etéreo, netamente negro, y

ligeramente ondulante, que no permitía identificar con exactitud su forma, reposaba sobre sus cuatro patas, como si estuviese vigilando algo. Su cola, tan larga como un látigo de unos 2 metros se movía con extrema lentitud alrededor de todo su cuerpo.

Inclinó levemente lo que parecía su cabeza. Era como si a pesar de no tener ojos visibles, estuviese analizándonos. Luego de un par de minutos en la misma postura, extendió una de sus extremidades de forma horizontal justo encima de nuestras manos. Luego de eso, su extensa cola se transformó en una especie de aguja, realizando tres punzadas precisas en la «pata». Al instante, tres gotas del tamaño de un pulgar emergieron de los agujero. Cayeron sutilmente en nuestras palmas. Entraron a nuestros cuerpos por los poros.

Fuimos recuperándonos lentamente al cabo de un rato. Tosimos, eructamos, y un humo negro verdoso escapó de nuestras bocas. Sin permitirnos reaccionar por completo y preguntar qué ocurría, la sombra negra habló lentamente mientras daba la vuelta y caminaba ágilmente de regreso al lago.

Nos dijo que el hechicero que nos había hecho esto es muy poderoso, y no se detendría hasta conseguir lo que quería. La criatura hizo una pausa. Continuó, dirigiéndose a mí. Me advirtió que ese hombre me había considerado una amenaza. Un enemigo. Que sabía lo que podía hacer y eso lo había enfurecido, por eso quiso eliminarte, pero para no levantar sospechas, utilizó a las dos personas a mi lado; dos inocentes. Desafortunadamente para él, no contaba con que la sombra vigilara mis pasos.

Antes de desaparecer en el agua nos aconsejó que tuviéramos cuidado. «Él tiene muchos aliados, dijo, no se fíen de nadie. Yo, por mi parte, también haré lo posible para mantenerlos a salvo».

Capítulo 19

18

«Suelo impresionarme por las raras veces que sueño que estoy dentro de un sueño.»

*

Cierto día, mi hermano fue atacado por una extraña enfermedad. No sabíamos qué era. A excepción de su cabeza, su cuerpo estaba completamente frío. Parecía un pedazo de hielo.

Buscamos ayuda médica, pero no tuvimos éxito. Ni siquiera los mejores especialistas lograron dar con la causa o encontrar una solución a lo que mi hermano estaba padeciendo.

Desesperados, mis padres llamaron a una mujer a la que muchos consideraban la «bruja». Nos recomendaron a esa persona dado que tenía muy buena reputación en atender todo tipo de enfermedades y anomalías.

Cuando llegó, quedamos asombrados. Habíamos pensado que se trataba de una mujer de avanzada edad, puesto que la gente alegaba que sus conocimientos eran antiguos. Sin embargo, lo que estaba en la puerta de nuestra casa era alguien con la apariencia de una chica que ni siquiera parecía alcanzar los veinte años.

La bruja escuchó nuestra versión. No nos interrumpió en ningún momento. Guardó silencio cuando terminamos de hablar, y luego se acercó a mi hermano.

Tocó su cuerpo, frunció el ceño al ver la anómala diferencia de temperatura. Nos pidió que retrocediéramos un poco, y que independientemente de lo que ocurriera, no la interrumpiéramos en ningún momento. Haría una inspección profunda del cuerpo y requeriría silencio. Asentimos y ella, al vernos, cerró los ojos.

Pasados un par de minutos, la bruja abrió los ojos con fuerza. Pronunció algo mientras clavaba la mirada en la cara de mi hermano. Al instante, la habitación se oscureció ligeramente a pesar de que las luces seguían encendidas. Parecía una especie de capa oscura.

Como si supera lo que estábamos pensando, la bruja nos explicó que había recurrido a un don especial de hacer visible un plano espiritual. Que de esa forma, tanto ella, como nosotros, podríamos ser capaces de hallar

el motivo de la «enfermedad» de nuestro niño.

Un sonido extraño se escuchó. Al mismo tiempo, todos miramos a mi hermano. Sobre su torso, algo que alternaba entre los colores negro y marrón estaba apareciendo. Por su silueta, parecía un animal; una ardilla, por su tamaño. Corría de un lado a otro, desde el cuello hasta los pies, esparciendo algo de su mismo color para cubrir a mi hermano. Sin embargo, cada vez que llegaba a la cabeza, lo que arrojaba allí era expulsado violentamente. Eso hacía que el animal se enfureciera, recorriera el cuerpo, repitiendo interminablemente sus acciones.

Mi madre lloraba. Mi padre la consolaba. Yo, por mi parte, no podía creer lo que veía. La bruja recitaba muchas palabras inentendibles. Luego agarraba a la criatura y tiraba de ella para separarla del cuerpo. Pero a pesar de la fuerza aplicada, el animal se aferraba con una fuerza descomunal.

Después de varios intentos, aparentemente dolorosos, la bruja logró separar a esa ardilla de mi hermano, arrojándola a una bandeja de plata que estaba dentro de un círculo de velas negras que había preparado antes.

En el instante en que la criatura tocó la bandeja, todo comenzó a agitarse. Lo que había oscurecido la habitación estaba presentando una distorsión de gran magnitud. En varias secciones se notaban aberturas, dejando entrever la realidad. Incluso una brisa apareció de la nada.

Por otro lado, mi hermano, que había permanecido inmóvil todo el tiempo, comenzó a agitarse. Y, sin darnos oportunidad para reaccionar, se abalanzó hacia la bandeja que retenía a la criatura que también estaba luchando por huir.

Agarró a la «ardilla» negra y comenzó a devorarla.

Entre chillidos, la criatura comenzó a reducirse de tamaño. Al mismo tiempo estaba cambiando de forma. Lo que antes había parecido una ardilla, ahora tenía aspecto de un caracol.

Mi «hermano» se detuvo unos segundos. Miró al caracol y comenzó a aplicar más fuerza. Parecía que la criatura, en un intento desesperado, cambió su forma para protegerse. Pero le fue inútil. Después de varios intentos, el caparazón fue destruido, y su contenido fue extraído y comido.

Satisfecho, mi hermano dejó de moverse. Miró a su alrededor. Uno a uno, nos fue dirigiendo sus ojos carentes de brillo. Asintió y bajó la mirada.

Impotentes, solo pudimos observar como su piel se oscurecía más de lo que ya estaba. Se encogió en posición fetal y luego se desintegró. Dejando entre el polvo a un bebé recién nacido.

Con su llanto, todos nos recuperamos del shock. Incluso la cobertura del plano espiritual se destrozó, emitiendo un sonido como de espejo.

Después de eso, no supimos más nada de donde vivíamos. Nos mudamos. Viajamos durante días, incluso dejamos la ciudad. Todo lo que tuviera relación a la mala experiencia de esa noche lo dejamos atrás.

En cuanto a la bruja, no teníamos idea de dónde podrá encontrarse actualmente. Tampoco nos importaba. Dicen que vaga de pueblo en pueblo, ciudad en ciudad, dedicándose a su trabajo y usar su don. Otros, con una vista muy aguda y que conocen ese mundo, afirman que ya no está sola, que desde el exorcismo de determinada familia, ahora sobre su hombro reposa un búho negro grisáceo de ojos violeta y gran tamaño, dirigiendo una mirada asesina a todo ser vivo.

Capítulo 20

19

«¿Sueño premonitorio, o una simple pesadilla sin sentido?»

*

—¿Bueno?

—Damián, ¿estás ocupado? —una inconfundible voz enérgica emergió del receptor de mi celular y entró directamente a mi oído. Gerard. Uno de los grandes amigos que tuve en la universidad y que, a pesar de la casi inexistente frecuencia con la que nos comunicábamos, mi relación con él seguía firme.

—No —respondí. El bolígrafo en mi mano derecha se movía con fluidez entre mis dedos mientras mi mirada se alejaba del computador—. Solo revisaba el correo. ¿Qué ocurre?

—Te tengo una propuesta —comenzó. Saltarse los saludos e ir directo al punto era algo habitual en él. De hecho, ocurría con mayor frecuencia cuando algo le emocionaba y se disponía a contarlo. Parecía que su reserva de buenos modales era considerablemente limitada y la guardaba únicamente para ocasiones especiales.

—¿Qué locura ha pasado ahora por tu mente?

—No empieces con tus sermones. Escucha lo que tengo que decirte y luego simplemente responde si te interesa o no, ¿vale?

—Vale —dije mientras asentía.

—Sonará algo loco, pero… —pausó. Luego de unos segundos de silencio, la voz de Gerard sonó nuevamente—. ¿Quieres ir a Egipto?

Esto si fue inesperado. No me refería a la propuesta en general. Situaciones así se habían presentado con notable frecuencia en todos los años que llevábamos siendo amigos. Me había acostumbrado tanto a ello que conocía los patrones de comportamiento de Gerard cada vez que alguna ocurrencia pasaba por su cabeza. Sin embargo, la razón por la que estaba tan sorprendido que incluso el bolígrafo con el que estaba jugueteando hábilmente cayó al suelo era porque todas sus ideas no involucraban lugares fuera del país.

—¿Damián? Oye, Damián…

Mi silencio se había prolongado más de lo normal, por lo que Gerard comenzó a repetir mi nombre con impaciencia.

—Egipto, ¿dices?

—¡Por fin contestas! ¡Sí!

—Admito que es lo más descabellado que he escuchado de ti. ¿A qué viene todo eso? —no mentía. Sonaba loco. Pero una parte de mí estaba llena de curiosidad. No estaba mal escuchar la explicación, ¿o sí?

—Verás. Estaba pensando en todo lo que se puede hacer con la tecnología y se me ocurrió… —así comenzó. A partir de ese momento yo solo me limitaba a escuchar atentamente cómo liberaba en forma de palabras toda esa emoción acumulada.

Todo se resumía a un viaje turístico, una pequeña expedición. Incluso sonaba divertido. Debíamos elegir un lugar histórico y utilizar drones, cámaras y computadores de la mano con la realidad aumentada para simular su reconstrucción. Además de eso, con la información de internet, desarrollar unos algoritmos no tan complejos e introducirlos a la base de datos que utilicemos para que se produzca una pequeña cantidad de población y darle más realismo a todo.

Teóricamente era sencillo. Pero la realidad era otra. Requería una notable cantidad de tiempo preparar todo eso. Momentos de prueba y error que podrían hacer que cualquier persona desease rendirse a pesar de lo tentador que fuera el resultado iban a estar presentes de inicio a fin. Afortunadamente, Gerard no entraba en esa lista. Él se empeñaba en hacer algo hasta que lo lograba. Además de eso, no era de los que se le ocurría algo y lo anunciaba sin estar seguro de que iba a funcionar.

—Y como sería muy aburrido hacer todo eso solo, decidí comentártelo para ver si contaba contigo.

Con eso concluyó. No podía verlo, pero estaba completamente seguro que su expresión era similar a la de un niño al que le daban un regalo.

—Cielos, Gerard. Cada vez que sales con algo terminas por convencerme. Solo hay algo que…

—Tomaré eso como un sí. Ahorrate cualquier comentario adicional —me interrumpió. Me conocía. Sabía que iba a comentar algo, que obviamente él ya había considerado—. No te preocupes por nada. Yo me encargaré de

todo.

—Bueno, si tienes todo bajo control, cuenta conmigo.

—Vale. Debería tener todo listo en un mes. Cuando me haya asegurado, te envío un mensaje con la fecha.

Colgó. Coloqué el teléfono sobre mi escritorio. Extendí la mano hacia el suelo, el bolígrafo que se me había caído antes estaba allí. Lo recogí y comencé a jugar nuevamente con él mientras echaba mi cuerpo hacia atrás. Mirando momentáneamente el techo.

Exactamente un mes después, el mensaje de Gerard llegó.

Una semana después de recibir ese mensaje estábamos abordando un avión en el aeropuerto de Londres.

*

Llegamos.

No sabía cuántas veces le había agradecido mentalmente al cielo por nuevamente estar en tierra firme. A pesar de que no se nos había presentado ningún contratiempo, sentí que el viaje fue espantoso.

Luego de avanzar entre la pequeña fila de personas que estaban descendiendo, llegué a la puerta del avión. La luz del sol fue la primera cosa que nos recibió. No había ni una sola nube visible. El cielo estaba tan despejado que parecía que el gran astro solar egoístamente las había dispersado a todas para ser el único en darnos la bienvenida.

—¿Listo para la aventura? —me habló Gerard desde un lado. Le respondí, evadiendo ligeramente su pregunta.

—Todavía no me has dicho cuál será el destino definitivo. Solo sé que estamos en Luxor, del resto te has mantenido en silencio al respecto.

—Relájate —su tono tan casual sonaba como si simplemente se tratase de una actividad cotidiana—. Quería que fuera sorpresa, pero al ver tu cara, creo que lo mejor es decirte de una vez. Vamos al Templo de Luxor.

—¿Por qué ese lugar?

—Mientras te esperaba en el aeropuerto, indagué por internet sobre los lugares históricos de Egipto, y luego de una selección al azar, resultó ganador Luxor. Después hice lo mismo para elegir el templo.

—Entiendo —un suspiró salió por su cuenta cuando mi respuesta fue contestada. Debí imaginarlo. Él siempre había sido así. Algunas decisiones las tomaba en el último minuto. A pesar de que los años que han pasado, todavía me pregunto cómo alguien tan relajado pudo haberse graduado de la universidad si eso contrastaba completamente con el nivel de presión que está presente en los últimos meses de una carrera. Esos son misterios que jamás resolveré.

—¿Satisfecho? Quiero creer que estás así solo por el cansancio. Vayamos a algún hotel para que descanses mientras yo realizo una última revisión a los equipos antes de partir.

Luego de eso, salimos del aeropuerto. Tomamos un taxi que nos llevó al hotel más económico. Realmente solo nos hospedaríamos en él unas horas, por lo que no necesitábamos preocuparnos por las condiciones del mismo.

En el camino, Gerard me contó que su plan era tener todos los sistemas listos de antemano antes de que anocheciera para estar hoy mismo cerca del templo. Si caía la noche y él no había terminado, tendríamos que esperar hasta el día siguiente para poder ir. Y eso sería una pérdida de tiempo.

Luxor tenía un servicio de trenes que conectaba con nuestro destino, pero solo laboraba dos veces al día. Uno en la mañana y otro en la noche. Por razones obvias, el primer viaje ya había partido, y no podíamos contar con él. Por eso, debíamos hacer el mayor uso del tiempo para estar en la estación antes de que el tren saliera en la noche.

—Pero eso es un avance de hacer unos pocos años atrás. Antes de eso, para cruzar al otro lado tenías que usar una balsa. Imagina lo gracioso que nos veríamos con todos estos equipos cruzando un río… —dijo mientras se le escapaba una risa. Continuó—. Debemos agradecer a quien sea que haya sido por habérsele ocurrido la magnífica idea del puente e implementar los trenes.

El taxi se detuvo. Pagamos, agradecimos al taxista y bajamos. Al entrar al hotel, reservamos la habitación más sencilla. Subimos y cada quien se centró en sus cosas. Gerard a sus equipos y yo a descansar. Realmente era como él había dicho el mes pasado, yo no tendría que hacer nada. No me molestaba en lo absoluto. Aunque quisiera colaborar, mis intenciones serían negadas sutilmente con las palabras «No te invité para hacerte trabajar. Tengo todo bajo control. Relájate». Por eso, fui directamente a la cama.

Era considerablemente suave. A pesar de ser un hotel barato, las condiciones parecían pertenecer a una habitación de lujo. Estaba maravillado por el servicio. Sin embargo, luego de juntar las almohadas y

recostar mi cabeza sobre ellas, quedé profundamente dormido.

Dos horas después, Gerard me despertó. La poca luz que se filtraba por las cortinas de la ventana indicaba que aún era de día. Miré alrededor y noté que casi todo estaba listo. ¡Qué eficiencia! Este muchacho cuando se dedica a algo y se organiza como es debido logra su cometido.

Caminé hacia el baño, necesitaba lavarme la cara para deshacerme de todo rastro de somnolencia. Abrí el grifo y junté mis manos debajo de él. El agua que salía por la tubería era bastante fría. Era perfecta. Tras sacudir la cabeza un par de veces, tomé un paño y me sequé.

—¿Está todo listo? —pregunté mientras salía del baño.

—Sí. Bajamos en quince minutos. Ya llamé a la recepción para que llamaran un taxi que nos lleve a la estación —sin siquiera alzar la mirada del computador que estaba manipulando, respondió.

—Vale. ¿Realmente no necesitas ayuda?

—Además de que me ayudes a trasladar el equipo, no. ¡Bien! Terminé. Vamos.

—¿No piensas lavarte al menos?

—Hice eso un par de veces mientras dormías. Así que no es necesario ahora.

En la entrada del hotel estaba un taxi esperándonos. El taxista amablemente nos ayudó a montar el equipaje. Posterior a eso, subimos y el vehículo comenzó a moverse.

El trayecto fue silencioso. En parte porque no había tema alguno de conversación. La otra razón era que la emoción en el rostro de Gerard claramente decía que lo único en lo que estaba pensando eran en la experiencia que tendría. Cielos, era como un niño en el cuerpo de un adulto.

En la estación fue igual. El único momento en que mi amigo dijo algo fue para indicar la hora en la que salía el tren. 7 de la noche. Todavía quedaban veinte minutos, así que luego de abordarlo, usé mi celular para escuchar música.

*

—Bienvenidos, soy Akil. Guía turístico. ¿Son ustedes Gerard y Damián?

Un joven aparentemente de unos veinticinco años se detuvo frente a nosotros, y cortésmente pronunció nuestros nombres. Miré por reflejo a Gerard a mi lado. Sonrió y respondió la pregunta que había en mis ojos.

—Solicité a la recepcionista que notificara que, efectivamente, vendríamos al templo —luego de decir esas palabras, miró el carnet enganchado en el bolsillo izquierdo de la franela del chico antes de continuar—. Él debe ser quien nos acompañará en todo momento. No debería sorprenderte.

Akil al notar la mirada de Gerard, asintió velozmente. Su cabello negro ligeramente largo se movió de arriba abajo. Sonrió, y sus ojos marrones se fijaron en el equipaje que cargábamos antes de decir:

—¿Necesitan ayuda?

—No es necesario, no queremos causarte más problemas de los debidos. Gracias de todas formas.

Akil volteó y comenzó a indicar el camino. En el trayecto nos comentó que por la hora no iba a ser posible que realizáramos nuestra actividad. El gobierno había dado órdenes estrictas por lo que el templo, al igual que los demás destinos turísticos de la zona, estaría cerrado al público después de las diez de la noche. Así que pasaríamos la noche en una pequeña posada construida a las afueras del lugar.

Ya en la posada, lo único que hicimos fue cenar y dormir.

A la mañana siguiente, finalmente comenzó nuestra pequeña expedición. Al igual que el día anterior, el cielo estaba despejado. Lo que incomodaba un poco era la brisa que continuamente transportaba granos de arena. Sin embargo, eso no era impedimento. Salimos de la posada. El chico estaba esperándonos.

—Anteriormente, el nombre de esta ciudad era Tebas —cuando entramos al perímetro del templo antiguo, Akil comenzó con los protocolos básicos de su trabajo—. Era conocida también como la gran y antigua ciudad egipcia que también llegó a ser la capital del antiguo Egipto.

Escuchamos con detenimiento su explicación. Aunque fue breve, se sentía diferente de leer los contenidos de los libros o internet. Sus palabras le daban a todo a nuestro alrededor un tipo de aura imponente. Era como si los siglos que le habían pasado por encima no fuesen nada en este momento.

—Gracias por compartir tus conocimientos, Akil —dije, mostrándome más comunicativo con el chico, quien al oírme se le iluminó el rostro e incluso

una ligera sonrisa se le elevó en el rostro.

—Es solo mi trabajo, señor Damián —respondió—. Por cierto, si necesitan algo, háganmelo saber. Estoy aquí para aclarar sus dudas y ayudarlos en lo que necesiten.

Al terminar de hablar, Akil dirigió su mirada hacia Gerard, quien estaba instalando los equipos en sus respectivos lugares. Lo hacía con una minuciosidad que me sorprendía. Me hacía pensar que mi amigo, el verdadero Gerard, había sido cambiado por alguien.

—No lo intentes, ese hombre es muy terco. Siempre ha deseado hacer solo las cosas. Incluso en todo lo que va de viaje ha rechazado mi ayuda.

El chico sonrió. Yo me encogí de hombros. No se podía hacer nada. Solo nos tocaba esperar. Nos acercamos a unas salientes de roca y nos apoyamos allí a esperar que todo estuviera listo.

Después de un par de horas viendo cómo mi amigo estaba preparando, ubicando, calibrando y ejecutando todo, y comprobando que nada estuviese en una posición que pudiese generar daños a la estructura, todo estaba listo para comenzar.

—Toma. Ponte esto —luego de revisar uno de los maletines, Gerard sacó un pequeño paquete de color negro. Me lo arrojó. Al recibirlo, lo abrí.

—Gerard, ¿qué demonios es esto?

—Ropa de la época. Pensé que le daría a la expedición más realismo del que ya tendrá. Me lo agradecerás después.

Akil y yo intercambiamos miradas. Fruncí el ceño, y él se encogió de hombros mientras noté como las comisuras de su boca se elevaban en una ligera sonrisa. Volví a mirar a Gerard, estaba caminando hacia un rincón mientras se iba desabrochando la camisa.

Sin más opción, hice lo mismo que él. Afortunadamente no había nadie cerca.

Ya cuando estábamos totalmente listos, Gerard activó el programa y las cámaras estáticas y los drones hicieron lo suyo.

Inmediatamente la luz que era expulsada de los lentes de los equipos se situó sobre todos los puntos y direcciones en las que apuntaban. Luego de eso una escena de reconstrucción rápida estaba siendo reflejada sobre todo el templo. Desde los suelos hasta las paredes y muros, todo el templo estaba siendo cubierto por una capa holográfica con la imagen

renovada de la estructura.

—Fase uno completada. Ahora, pasemos a la fase dos —la voz llena de emoción de Gerard entró por mis oídos, pero al instante pasó a escucharse distante. Lo que mis ojos recibían era algo que se apoderó de toda mi atención. Era magnífico. Nuevamente estaba maravillado por los alcances que poseía la tecnología. La manera en que unos simples componentes podían darle otra vista a las cosas no se podía describir con palabras.

La única manera de saber que se trataba de un simple holograma superpuesto en el templo era teniendo contacto directo con las cosas o viendo los equipos. De lo contrario, el ojo humano sería engañado completamente. El sistema de adaptación de iluminación estaba en un punto casi perfecto, que ni siquiera la luz natural podía ayudar a distinguir lo que era real y lo que no.

Pero lo que se llevó el premio mayor en sorprenderme fueron los algoritmos de implementación de población. Akil a mi lado quedó boquiabierto cuando vio la inteligencia artificial hacer acto de presencia aleatoriamente por todo el templo. Personas de todas las edades, tamaños y sexos fueron posicionadas de un extremo a otro.

—Miren esto —Gerard se levantó un momento y alzó un par de guantes de color negro en su mano derecha. Se los colocó y tras introducirse un auricular negro en su oído, dirigió sus pasos hacia unas personas. Acercó su brazo al hombro de uno de los hombres, y automáticamente ese holograma volteó, miró a Gerard y comenzó a comunicarse con él como si nada.

—¿Qué acaba de hacer? —dijo Akil a mi lado tratando de disimular un poco que había quedado boquiabierto por lo que veía. No podían culparlo, yo estaba igual que él.

—No tengo ni la menor idea, créeme.

—Ja, ja. Es simple muchachos —se alejó de le persona virtual y comenzó a avanzar hacia nosotros mientras sacaba dos juegos más de guantes y auriculares y nos los entregaban—. Solo programé todo para poder comunicarnos también. ¡Te dije que buscaría que fuera lo más realista posible, Damián! Claro, pero a pesar de la interacción siguen siendo hologramas. Así que traten de no descuidarse. Para ellos será como un tropezón, pero al final eso terminaría arruinando un poco la experiencia.

—Señor Gerard —Akil miró los guantes y luego habló con vergüenza—. Aprecio su buena intención, pero yo no participaré. Mi labor en este momento es velar que todo se realice bien y guiarlos en la entrada y salida del templo. Si me uno a ustedes, estaría descuidando parte de mi

trabajo.

Asentimos y vimos al chico regresar al lugar donde estaba el ordenador principal. Se sentó allí a contemplar con asombro las cosas. Como su posición estaba dentro del radio de simulación, le recomendamos al guía mantener los auriculares. Existía la probabilidad de que las inteligencias artificiales se le acercasen por curiosidad y él no supiese qué hacer. Gerard le aclaró que estaban programados para facilitar la comunicación.

*

Entre exploración y comunicación, las horas pasaron muy rápido. Aprendimos cosas gracias a las inteligencias artificiales con las que conversábamos. Realmente Gerard había dado todo de sí para eso. Había valido la pena acompañarlo a esta locura.

Sin embargo, la emoción no duró mucho. Cerca de las tres o cuatro de la tarde, Gerard se me acercó. Había una notable preocupación en su mirada.

—Mira —dijo—. La cámara de uno de los drones captó algo. Es muy extraño.

En la pantalla del móvil que utilizaba para monitorear los drones había una grabación. En ella había un conjunto de vehículos militares reunidos alrededor de un terreno extenso lleno de misiles y cajones abiertos. Las personas allí estaban armadas completamente, caminando de un lado a otro como si vigilaran la zona. No había sonido, pero lógicamente no se trataba de cualquier cosa.

—¿Por qué no hablamos con Akil? Quizá nos aclara eso. Sea lo que sea, no debería ser algo delicado ya que habrían avisado y por ende toda actividad habría sido suspendida —le dije, tratando de reducir la preocupación que se había hecho notar en su rostro.

—Vale, vamos.

Nos acercamos a Akil. Seguía en el mismo sitio. Al vernos, se levantó, sonrió y dijo:

—¿Qué ocurre? ¿Ya terminó su visita?

—No, no es eso. Es que tenemos una duda —hablé mientras le mostraba el celular. Akil miró con detenimiento, frunció el ceño un momento y luego pareció haber recordado algo.

—¡Ah! No se preocupen. Son simples prácticas militares. Ellos notificaron todo y aclararon que no era necesaria la suspensión de las actividades. De

todas maneras, en caso de alguna situación inesperada, iniciarían los protocolos de seguridad. Créanme, esto suele ocurrir casi a diario.

Su respuesta fue muy casual. Estaba muy tranquilo. Parecía acostumbrado a ese tipo de eventualidades.

Habiendo sido aclarada eso, Gerard y yo le agradecimos a Akil y regresamos a nuestra pequeña expedición. No estábamos completamente satisfechos, pero era algo que escapaba de nuestras manos. Unos minutos después, la sorpresa nos envolvió. Todas las inteligencias artificiales se habían detenido de repente. Pensamos que se trataba de un error de sistema, pero no era así. Como una reacción en cadena, una tras otra habían dirigido sus miradas hacia un punto en específico. Incluso algunas de ellas alzaban sus manos para señalar mientras murmuraban entre sí. Gerard y yo hicimos lo mismo.

En la distancia, con un color naranja intenso mezclándose con un gris profundo, una nube de hongo se extendía hacia el cielo. Cualquiera que la viese se daría cuenta de lo que eso significaba. Ese tipo de nube normalmente aparecía cuando ocurría un estallido o explosión de algo de grandes dimensiones. Y cada que aparecía solo traía una cosa: muerte.

Sintiéndome en cámara lenta, Volteé. Quería correr; alejarme de allí. Pero sabía que era inútil. En todas las películas o series que había visto en mi vida, cada vez que aparecía una nube nuclear, todo ser vivo cerca de ella carecía de tiempo para reaccionar. En el mismo instante que ocurría eso, la muerte y la destrucción comenzaban a arrasar con todo lo que estaba a su paso. Claro, las zonas más alejadas tardaban unos minutos en ser consumidos por las llamas y el caos. Pero ese no era nuestro caso. Nos encontrábamos relativamente cerca de la tragedia.

En el instante en que levanté mi pie para dar el primer paso hacia adelante, noté como una enorme presión se abalanzó sobre mí. Similar a las olas del mar que golpean despiadadamente a las personas que disfrutan tranquilamente un día en la playa, o a un niño pasando su mano sobre un grupo de hormigas que tranquilamente realizan sus rutinarias actividades.

En esa fracción de segundo en la que todo eso pasó por mi mente, hice un esfuerzo por cerrar los ojos. Me dije que al menos sería una muerte rápida, que no sufriría ni me quejaría por lo que me estaba pasando. Pero no pude. En el instante en que me dispuse a hacerlo, alguien me agarró la mano de repente. No pude saber si era Gerard o Akil pues, antes de saberlo, la ola de muerte llegó y nos desintegró.

Capítulo 21

20

«Comienzo a creer que todo lo que sueño son los recuerdos de mis vidas pasadas.»

*

Estaba en un bar. En la barra, casi en un rincón, donde apenas llegaba la poca iluminación que había.

El aspecto del lugar idéntico al de cualquier taberna encontrada en las películas del viejo oeste. Una barra. Mesas, sillas. Un penetrante olor a alcohol que nunca desaparecía aunque el lugar estuviese completamente limpio y vacío. Había tantas personas, que te hacía pensar que podrías quedarte sin oxígeno rápidamente. Aparte de quienes estaban emborrachándose tranquilamente en sus asientos, había otros que jugaban a las vencidas, apostaban, competían a ver quién bebía más en menos tiempo. Incluso había algunos que se agarraban a puño limpio, provocando a las demás personas a derramar cerveza por todo el lugar; incluso rompiendo los tarros.

El encargado del lugar era un hombre de mediana edad, moreno y con algunas canas asomándose en su corta cabellera. Tenía una expresión seria y a la vez despreocupada. Y simplemente se la pasaba limpiando sus jarras de cerveza sin siquiera molestarse por lo que acontecía a su alrededor. El único momento en el que sus ojos caídos se movían era cuando la puerta principal se abría para ver quién había llegado. Luego regresaban a su posición original.

La puerta se abrió. Alguien entró. Todas las miradas fueron dirigidas brevemente en esa dirección. De las aberturas que se formaban de vez en cuando entre el grupo de personas pude ver que se trataba de un chico.

El muchacho miró a su alrededor como si buscara algo o a alguien. Y al parecer había tenido éxito porque caminó directamente hacia la mesa que estaba cerca de mí. Hacia un hombre de mirada sombría y cabellos castaños hasta los hombros que vestía un chaleco negro con franjas blancas verticales y diagonales.

El chico se acercó con cautela. El hombre lo miró detalladamente. Le hizo señas para que se sentara. Y entablaron una conversación.

Durante la plática, el mensajero sacó un sobre del bolsillo de su uniforme y lo colocó sobre la mesa. El hombre del chaleco lo abrió. Examinó el

contenido y frunció el ceño. Siguieron hablando.

Después de un largo rato de conversación, el mensajero se levantó. Hizo una reverencia y se retiró. La puerta de la taberna se abrió y cerró.

Los minutos fueron pasando, y las personas dentro del bar progresivamente comenzaban a retirarse. El hombre misterioso también se levantaba, planeando irse. Sin embargo, justo antes de moverse, algo entró en su visión. Una figura no mayor a un metro y medio estaba caminando hacia él. Al verlo con más detenimiento, descubrió que se trataba de una persona con una apariencia infantil. Fácilmente podría pasar por un niño de unos ocho o diez años. Su cabello, que era de color rubio, estaba revuelto y su longitud era tal que le cubría el rostro. Se detuvo en la mesa del tipo de chaleco negro.

Se miraron durante unos minutos. Las personas que habían estado ocupadas en sus asuntos dirigieron sus miradas en esa dirección. El aire se estaba tornando pesado. Y eso incomodaba a los presentes. Incluido yo.

De repente, un cambio. Las cosas se movían con demasiada lentitud. Como si estuviesen siendo reproducidas en cámara lenta. Lo más curioso de todo ello es que, además del hombre misterioso y ese «niño», yo no me veía afectado como los demás.

Se oyó un grito. Aunque lo correcto sería considerarlo un chillido muy potente. Resonó por toda la taberna. Cuatro palabras que tenían un peso muy grande. Fin. Humanidad. Destrucción. Muerte.

Las personas afectadas por la alteración de velocidad aparentemente habían escuchado también, pues sus expresiones, aunque muy lentamente, también cambiaban.

Un conjunto de emociones emergieron y se mezclaron con la rabia que estaba bañando gradualmente al hombre misterioso, y como si hubiese alcanzado su punto máximo, un golpe fuerte, parecido al de un martillo golpeando un yunque, se hizo presente por todo el lugar. Luego, su rostro se comenzó a torcer.

El color, textura y dimensiones de la piel del hombre dejaron de ser lo que eran. Sus orejas se convirtieron en dos esferas carnosas que lentamente aumentaban su tamaño y descendiendo hasta ubicarse en el cuello.

Cuando las esferas de carne habían pasado a ser dos cabezas más, que tenían rostros completamente diferentes, fue que la transformación cesó.

Era una imagen completamente horrenda. Las tres cabezas pertenecían al

mismo cuerpo, pero cada una era muy distinta de la otra.

El rostro de la derecha era muy blanco. Una palidez, mezclada con su aspecto demacrado, que lo hacía parecer un cadáver que estuviese a un paso de volverse polvo. Mejillas hundidas y con muy poca piel, dejando entrever los huesos. Carecía de ojos. Sus cuencas estaban vacías; solo estaba presente una densa oscuridad. De esa cabeza, lo único que parecía normal era un largo cabello que se estaba atado en forma de cola de caballo.

La cabeza izquierda tenía un aspecto bastante humano. Incluso se asemejaba bastante al rostro real del joven, pero no del todo. La piel era color ámbar, con unas franjas marrón intenso de diversos tamaños entrecruzándose. Esta sí poseía ojos, pero netamente negros y una línea vertical de la misma tonalidad del rostro. La textura de la piel era muy lisa, incluso se podía percibir un poco de brillo en ella.

Por último, entre esas dos cabezas se encontraba una tercera que resaltaba mucho más que las demás. En color era marrón. Estaba cubierta de una fina capa de pelo, dándole un aspecto de bestia. Si se tuviera que especificar a qué se parecía, se podría decir que era una mezcla de lobo y tigre con ojos humanos.

A pesar de sus grandes diferencias, todas tenían algo en común. Estaban mirando fijamente a ese ser de apariencia infantil que se encontraba opuesto a ellas.

Con esa transformación, todo el entorno volvió a su estado normal. Claramente, la aparición de esas tres caras había contrarrestado la presión causada por esa criatura infante. Con el tiempo fluyendo como usual, las personas quedaron libres de ese peso, pero no se movían. El asombro de lo que estaba desarrollándose ante ellos los había paralizado; o quizá simplemente no se habían dado cuenta de que nuevamente eran libres.

El hombre de chaleco negro usó sus dos cabezas laterales para observar a su alrededor. Al notar las expresiones de pánico en la gente, chasqueó la lengua.

Aunque él no lo había dicho, yo sabía el motivo por el que estaba así. Con sus acciones recientes, había terminado siendo muy imprudente. Todos esos eventos lo habían tomado con la guardia baja que olvidó que estaba en un lugar público. No era que le preocupase que las personas vieran lo que él realmente era, sino que los efectos de su transformación generarían problemas enormes. Si él mantenía ese estado por más de cinco minutos, el aura que liberara acabaría no solo con la taberna y las personas presentes, sino que todo lo que se encontrase en un radio de

quince kilómetros sería pulverizado.

Al volver a mirar al niño, el hombre misterioso presionó sus dedos índices en las sienes de la cabeza central, revertiendo la transformación.

Mientras los dos rostros laterales se iban encogiendo con expresiones antinaturales, el central comenzó a mover los labios como si estuviese dirigiéndose a la criatura, pero sin emitir ningún sonido. En sus labios se podía leer que le ordenaba al niño a desaparecer.

Fue todo.

El niño se esfumó, dejando en el lugar una pequeña nubecilla de color gris. Era como si la mirada y las palabras dichas hubiesen tenido el poder suficiente para expulsar aquello que desde un principio el chico de chaleco negro sabía que no era humano.

El hombre misterioso regresó a la normalidad, aprovechó el estado de shock de las personas para levantarse y salir de la taberna sin dar explicaciones. Fue solo cuando la puerta sonó con fuerza que todos se recuperaron.

Sin embargo, nadie habló de lo ocurrido.

Capítulo 22

21

«La nada parece inofensiva, pero solo mencionarla e imaginarse estar rodeado de ella puede infundir terror.»

*

Tras varias horas de ver escalones aparentemente interminables, y de tener todo tipo de pensamientos y teorías acerca de un mundo subterráneo, el escenario mostró un pequeño cambio, eso me hizo alegrarme durante un breve instante.

Las escaleras habían terminado. Frente a mí había una especie de puente cuyo extremo opuesto a mí estaba conectado a… desgraciadamente, otras escaleras. Sin embargo, las mismas eran distintas a las que había usado para llegar hasta aquí. Esas iban en forma de caracol. Pero a diferencia de las típicas escaleras de ese modelo, estas seguían con el mismo diseño de no contar con soportes de los que sujetarse. Nuevamente estaba en una situación arriesgada; una con un grado de riesgo mayor al anterior.

Crucé rápidamente el puente y llegué al otro lado para comenzar mi descenso. Pero antes, verifiqué que todo estuviese en orden conmigo mismo.

Mientras subía, no dejaba pasar nada por alto. Mi estado de alerta estaba siempre encendido ante cualquier eventualidad que pudiese presentarse. Y en efecto. Pasó algo, que aunque no era alarmante, me hizo cambiar el ritmo de mi recorrido. La separación del techo y las escaleras se iba reduciendo constantemente hasta el punto de hacerme avanzar agachado. Incluso en el último tramo del camino no tuve más opción de arrastrarme por el suelo para poder cruzar al otro lado.

Luego de haber salido de ese «agujero» mi vista se llenó de luz. No era iluminación como la de la cueva. Al contrario, era un brillo cegador. Como si el sol estuviese dejando pasar su luz desde algún punto de ese lugar.

Duré unos segundos tratando de adaptarme al cambio visual tuve una clara imagen de dónde estaba ahora. Un pasillo extenso, con una única puerta al fondo. Estaba abierta, y la imagen que mostraba al otro lado era todo de color blanco.

Las paredes del pasillo eran de blancas. Parecía mármol, pero sabía claramente que no era así. Había estudiado demasiado todo tipo de rocas que ya conocía una con solo verla. Como ese nuevo material no estaba en mi amplio conocimiento de geología, utilicé un pequeño martillo que

llevaba anclado a mi traje y extraje un poco para investigarlo.

Al no haber nada más que explorar en ese lugar, me dirigí directamente a la puerta.

El otro lado de la puerta era un escenario completamente brillante. Carente de color. De no ser por los ligeros contornos que toda construcción solía dejar ver, y por la sombra que terminaba justo a dos pies fuera de la puerta, me habría sido difícil identificar los pocos elementos que allí se encontraban.

A mi izquierda, protegido por la sombra de la pared del edificio, había un bolso cilíndrico, de metro y medio de largo, y color marrón.

Pensé en recogerlo y llevármelo cuando saliera de este lugar.

Seguí mirando a mi alrededor.

La pared a mi izquierda medía quizá unos dos metros. Tenía varios arcos tallados y unas líneas y símbolos de aspecto muy antiguo. La de mi derecha era lo bastante alta para evitar que se pudiera cruzar fácilmente. Esta no contenía ningún decorado. Era lisa en su totalidad.

Pero lo más llamativo era el muro que estaba frente a mí. Era notablemente bajo. Ni siquiera alcanzaría el metro y medio de altura. Cruzarlo sería lo más sencillo. Tenía una pequeña puerta metálica, sin ningún tipo de seguro en él.

Me sumí en pensamientos mientras la miraba fijamente. Y como si poseyese un poder de atracción, ignoré todo cuidado y comencé a avanzar hacia ella.

Estando más cerca pude comprobar lo que había al otro lado. Nada. Absolutamente nada. Una tonalidad blanca y amarilla que se extendía hasta el infinito. Ni siquiera se podía distinguir la línea que separaba cielo y tierra en la distancia. Parecía como si alguien estuviese pintando ese mundo y se le hubiese acabado la imaginación o la pintura para continuarlo, dejándolo incompleto.

La simple idea de encontrarme dentro del lienzo de alguien y que por alguna razón su trabajo hubiese quedado vacío me generaba un escalofrío enorme. Sin embargo, en mí surgió un impulso de querer cruzar y explorar eso. Quería saber si había algo más allá de todo esto. Algo increíblemente maravilloso dejado por quienes nos hayan precedido.

Coloqué mis manos sobre esa pequeña pared… no entendía por qué buscaba saltar cuando claramente podía utilizar la pequeña puertecilla para cruzar tranquilamente. Al hacerlo, sentí que todo comenzó a agitarse

ligeramente.

Volteé despacio para buscar la fuente de ese temblor y justo en el rincón de la pared derecha estaba una criatura completamente extraña caminando con inmensa lentitud.

Desde lejos, cualquiera podría pensar que se trataba de una persona que estaba moviéndose sobre sus cuatro extremidades. Sin embargo, al mirarla con detalle, se podría confirmar que no era así.

Lo que estaba caminando hacia mí era una existencia con una cabeza con rasgos casi humanos. Complementando esa piel blanca había unos ojos totalmente negros, una nariz tan perfecta que todo el mundo allá afuera desearía tener. Orejas cubiertas por un desaliñado cabello castaño que se extendía hasta sus hombros y una boca rosa que dejaba entrever los colmillos que se encontraban en su interior. En su frente había un par de cuernos dorados que solo eran visibles si se observaba desde una distancia prudencial.

Su torso era parcialmente extraño. La mitad superior seguía viéndose como la de un ser humano; lisa y con el mismo color del rostro. Pero, eso era todo. Llenos de músculos y con venas sobresaliendo por todos lados, lo que continuaba a partir del hombro eran dos largos brazos plateados extendiéndose hacia el suelo, apoyando el cuerpo. Lo que deberían ser un par de manos, eran solo dos enormes garras similares a las de un ave.

La mitad inferior había renunciado completamente a su «humanidad». Un pelaje de color negro cubría cada zona que iniciaba desde el ombligo y terminaba en dos enormes patas de león que poseían una fuerza intensa que podrían aplastar cualquier cosa con solo aplicar una mínima cantidad de presión. Además de eso, unido a su trasero, una extensa cola verde fluorescente con forma de látigo espinoso se movía lentamente de un lado a otro. Cada movimiento hacía que el espacio fluctuara ligeramente.

Aunque venía hacia mí, no parecía tener intención de apresurarse. Iba avanzando un paso a la vez sin apartarme la mirada de encima.

Viendo que esa cosa estaba cada vez más cerca de mí, corrí rápidamente hacia la entrada. La criatura, al percatarse de eso, también hizo lo mismo. Pero cuando yo había cruzado la puerta, la escuché resoplar. Dirigí mi mirada hacia ella y noté que se había detenido justo donde comenzaba la sombra. En lugar abalanzarse sobre mí, aun cuando estaba a un salto de distancia, retrocedió. Como si le aterrase esa zona oscura del lugar.

Me acerqué de nuevo al umbral. Había recordado que planeaba recoger ese bolso extraño de antes. No existía riesgo de que esa criatura me hiciera daño ya que, independientemente de sus razones, la sombra

actualmente era mi refugio.

Tomé el bolso frente a la mirada vacía que tenía esa bestia frente a mí. Di la vuelta y comencé a dirigirme hacia la estrecha entrada por la que había llegado.

Justo cuando me estaba agachando para salir de allí, escuché que la criatura, como si arrastrara las palabras, me arrojó una advertencia en alguna lengua extraña.

De lo que recuerdo, había dicho que estaba a salvo, por ahora.

Capítulo 23

22

«...»

*

Aparecí en el escenario de un videojuego muy conocido. Quizá era porque había pasado las últimas semanas sumergido en ese retorcido mundo, no lo sabía realmente.

Un pasillo largo con salida a un balcón.

Una puerta a la derecha. Cerrada.

Detrás de mí, nada. Solo una cortina o niebla muy oscura.

Salí por el balcón. El sol se ocultaba, aunque a decir verdad, aparentaba hacerlo. Era un escenario fijo. No habría noche por más tiempo que transcurriera.

Frente a mí lo que había era unos edificios de una arquitectura gótica. En sus cimas no había nada. Sus bases, por su parte, estaban cubiertas por una completa oscuridad.

Tratando de usar los recuerdos del juego a mi favor, me di cuenta que el balcón donde estaba no había camino real por el cual avanzar. Se podía usar para bajar aquí, pero subir por él era imposible. Aun así, no me quedaba opción. O me inventaba un camino escalando, o pasaba mi tiempo parado aquí, contemplando el invariable paisaje.

Subí. Una saliente muy delgada me recibió. Me así de lo que pude y me moví hacia la curva que debía estar a unos pasos a mi izquierda.

Al cruzar, había dos pequeños caminos—que en realidad eran parte del tejado—que podrían serme de utilidad. Al fondo había una columna muy alta y detrás de ella estaba un domo. Caminé hacia ellos.

De pronto, unos pasos metálicos y pesados se hicieron audibles. Lo que esperaba no encontrar allí apareció. Un caballero de armadura negra portando un arco inmenso. En su cintura reposaba una espada de notable oscuridad.

Aceleré el paso por esa saliente, tratando de no resbalar dado que no

poseía barandas.

Al llegar a la columna y cubrirme un poco llegó un impacto. Sabía que era una de sus enormes flechas asesinas. El caballero me atacaba. Un patrón del juego. Nada más al visualizar en la distancia al jugador, esos seres tensaban sus arcos y disparaban.

Una segunda flecha dejó el arco, pero no hubo impacto. Pasó volando muy cerca de la columna. Apenas rozándola.

Aprovechando la cobertura, corrí. Afortunadamente, la saliente que me conectaría con el domo si estaba protegida.

Suspiré al tocar firmeza en el domo. Pero no por mucho tiempo. En una fracción de segundo, como si se hubiera teletransportado, el caballero apareció detrás de mí. Di un salto por reflejo hacia atrás, volteando velozmente.

Lo vi.

Ya no cargaba el arco. Ahora desenfundaba la espada en su cintura. Cortó. Falló.

Sin dudarlo, corrí por la pasarela que jugaba el papel de único camino disponible. Detrás de mí, el caballero realizaba cortes al aire. Una y otra vez. El ruido que su armadura producía unas veces se oía más lejos que otras.

Silencio.

Volteé un instante para ver qué había ocurrido, pero no pude completar mi acción. Un frío inexplicable atravesó mi cuerpo y la vista se me oscureció por completo.

Cuando abrí los ojos nuevamente me vi en tercera persona. Corriendo mientras escapaba de ese caballero oscuro.

El caballero se detuvo y adoptó una postura de corte. Quise gritarme que corriera, o me agachara. No tuve éxito. Solo era un espectador.

Me vi voltear. Al hacerlo, el caballero cortó.

Mi cabeza rodó unos centímetros por el suelo. Manchando la pasarela con la sangre que brotaba de la zona del corte. Lo mismo pasó con mi cuerpo. Luego de empaparse de sangre y teñir de rojo la franela blanca que cargaba puesta, cayó.

Por su parte, el caballero sacudió su espada y la colocó nuevamente en su cintura. Dio la vuelta y regresó al domo que estaba justo detrás de él… uno que yo creía que había dejado atrás dada la extensa distancia que recorrí en mi intento fallido de huida.